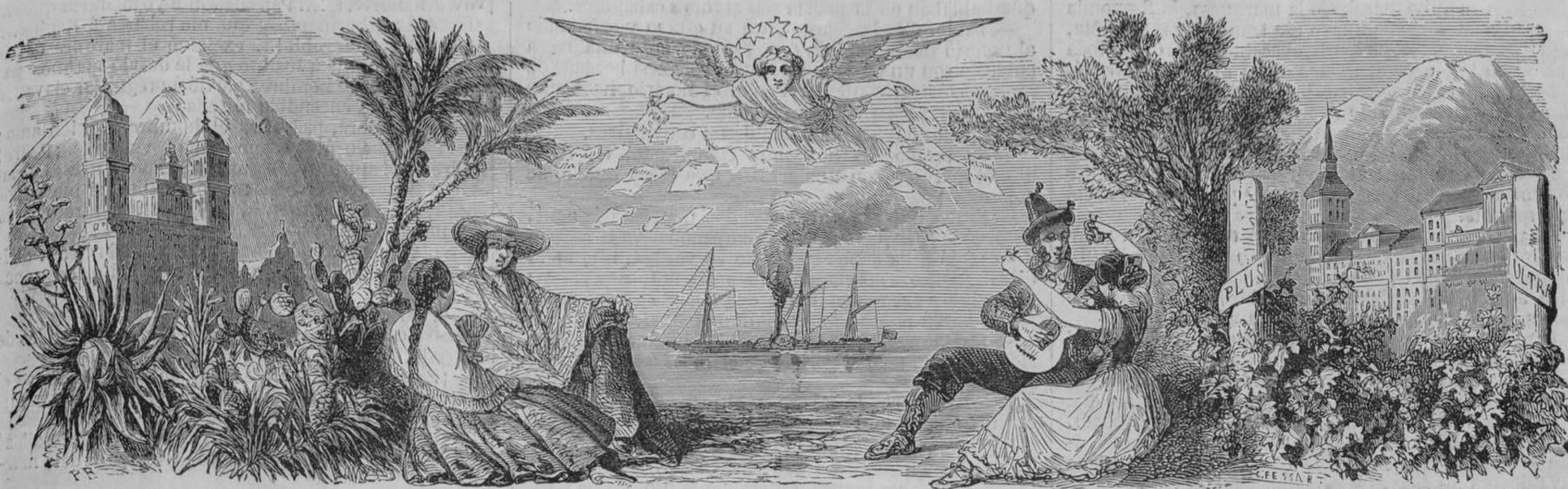


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — Tomo XII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 17. — N° 292.

Administracion general, passage Saulnier núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

Academia imperial de música. — *Sacountala*, baile, acto segundo; grabado. — *No hay culpa sin pena*. — *Industrias de la China*; grabados. — *Ceremonia fúnebre entre los negros de Surinam*; grabados. — *Revista de Paris*. —

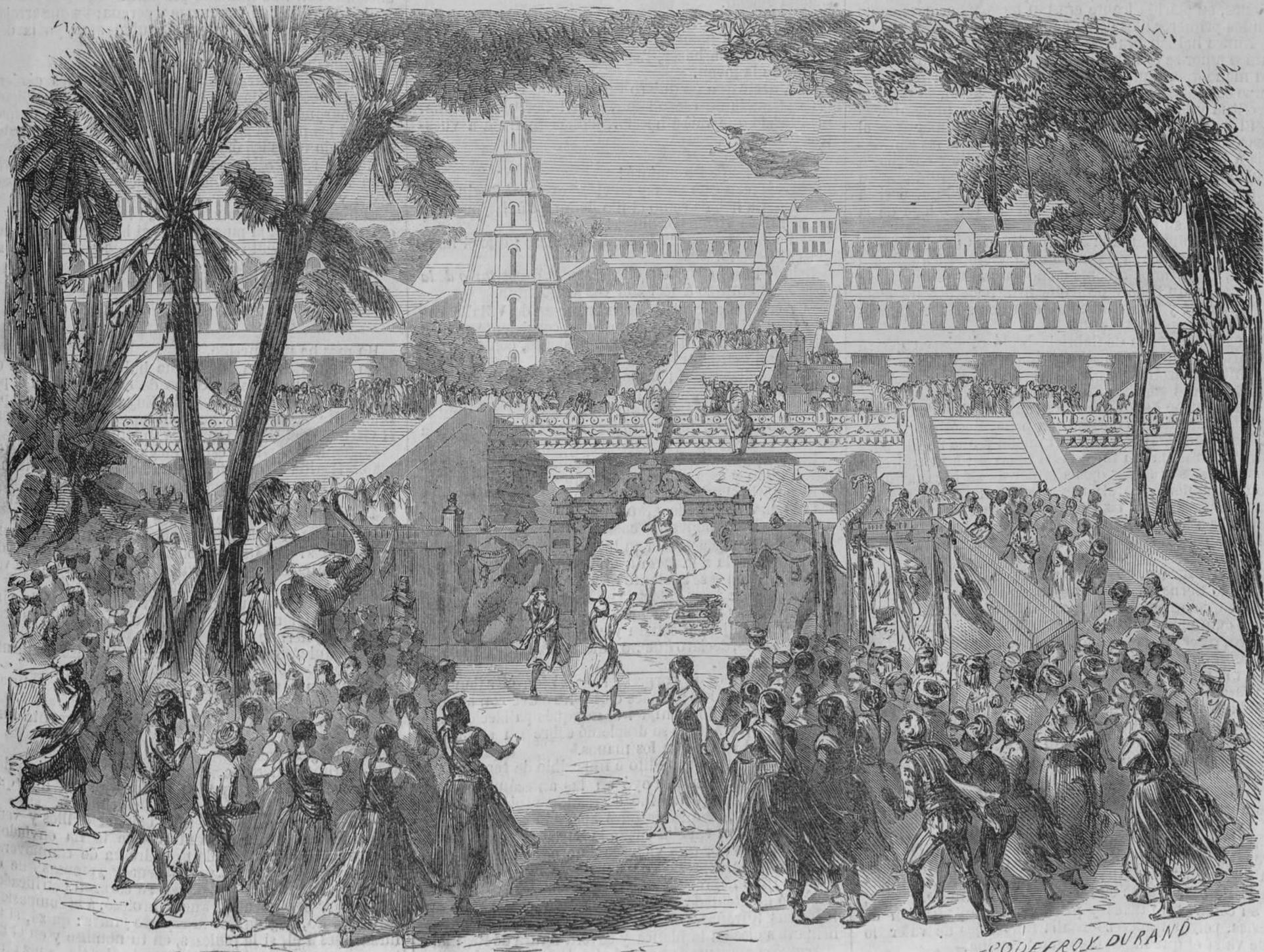
Filosofía. — *Los presidiarios en Francia*; grabados. — *La feria de las vanidades*. — *Los mendigos del Mediodía de la Francia*; grabados. — *El sueño de las flores*. — *La nube de verano*. — *Los jardines del Retiro en Madrid*. — *Revista de la moda*. — *El cofrecillo de san Luis*; grabados. — *Los conciertos militares en el jardín del Palacio-Real*; grabado.

NO HAY CULPA SIN PENA.

NOVELA ORIGINAL

(Continuacion.)

Así encontró á Regina la marquesa, quien pudo estrecharla contra su seno sin que aquella se apercibiera



ACADEMIA IMPERIAL DE MÚSICA. — *SACOUNTALA*, baile, acto segundo. (Véase la *Revista de Paris*.)

RODEFROY DURAND

de su entrada. La amorosa madre atribuyó la tristeza, difundida por el rostro de su hija, al acto que se preparaba para aquella misma noche, y haciendo violencia á su propio dolor, la colmó de caricias y consuelos, y se retiró para informarse del estado de los preparativos del salón.

No bien se hubo marchado la marquesa, la fisonomía de su hija adquirió de nuevo esa tranquilidad perfecta, hija solo de una resolución irrevocable; toda duda, toda vacilación había desaparecido de su alma: se levantó, arregló ante el espejo sus cabellos, cambió su gorro de cama por otro ricamente guarnecido de encajes; se echó sobre los hombros una manteleta, y pasó al comedor donde se hallaban sus padres y su primo.

Al verla este tan serena y reposada, al verla comer con tan admirable tranquilidad, un pensamiento brotó en su mente.

— ¿Habrá cambiado de propósito? se preguntó: ¿consentirá en que se lleve á cabo nuestro casamiento? ¡Oh, pluguiese al cielo! ¡Yo sacrificaría todo el reposo de mi vida á la felicidad de este respetable anciano y la de esta santa mujer que tanto me ha amado siempre!

Pero ¡ay! el vizconde no conocía ni el carácter ni el corazón de Regina. Esos caracteres de hierro, esos corazones helados no se ablandan ni se entibian por nada: el amor los calcina y los abraza; pero hasta el amor que abriga es fatal, pues semejante al cráter de un volcan, arrastra y consume cuantos sentimientos tiernos engendra la naturaleza, del mismo modo que la encendida lava devora las suaves y perfumadas flores.

XIII.

Era llegada la hora de firmar los contratos: las personas mas distinguidas y notables de la corte llenaban el salon de los marqueses de Villalta, espléndidamente iluminado: la marquesa, jóven aun, pues no pasaba de los treinta y ocho años, hacia los honores con una gracia delicada que le era habitual, y que tenia un atractivo indecible á pesar de estar velada por una extremada tristeza.

La marquesa de Villalta era una de esas mujeres suaves, dulces como el aroma de la violeta, cuya única ocupación es embellecer y recrear cuanto las rodea; tierna hasta la debilidad, su boca parecia formada solo para los besos ó la sonrisa; pura en pensamientos y en acciones, su plácida frente era tan tersa y hermosa como en los primeros dias de su adolescencia.

Nunca habian bramado las pasiones en su seno: su único amor se lo habia inspirado el hombre á quien dió su mano que, aunque de bastante mas edad que ella, supo conquistarse su corazón por su talento, su elevada rectitud y la apasionada adoración que la profesaba.

El nacimiento de Regina aumentó el amor que el marqués de Villalta tenia á su esposa: este las confundía á las dos con una ternura tan ardiente y entusiasta que era difícil adivinar si el cariño que sentia por su esposa era gratitud por haberle dado una hija, ó si la adoración que profesaba á Regina era un reflejo de la que tenia á su madre.

Ambos colmaban á la niña de los mas solícitos y exquisitos cuidados; y la marquesa vivió entre sus dos santos y legítimos amores como la azucena que tiene por abrigo un tibio y protector invernadero y un cielo lleno de luz y brisas, cuando los ardores del estío matan á tantas pobres plantas.

La primera pena de Gabriela brotó el dia en que se decidió el casamiento de Regina con su primo: su amante corazón de madre presintió la tempestad, cuando todos gozaban en la calma.

En la noche de los contratos ocupaba el centro del salón, atendiendo, no obstante su pena, á esos mil pequeños cuidados que la sociedad impone y que no dispensa nunca. Gabriela era muy bella todavía: aun sonreían sus límpidos y azules ojos á la par de su boca pequeña como una flor de coral; sus cabellos negros y sedosos eran abundantes y rizados; la fresca que tal encanto prestaba á su semblante en su primera juventud, habia desaparecido dejando en su lugar una blanca y dulce palidez.

Aquella madre, cuyo solo defecto consistia en ser demasiado tierna, habia abandonado las escasas pretensiones que antes ostentara en su tocador, desde que Regina cumplió catorce años: constantemente vestida de negro, reservaba todo su gusto, toda su elegancia para el adorno de su hija.

En la noche de que vamos hablando llevaba un traje de rasó negro de manga corta y escote bajo: sobre él se habia puesto una túnica de encaje, negro también, que se cerraba en su garganta y cuyas amplias mangas perdidas ó venecianas velaban la desnudez del brazo, aunque no tanto que impidiesen que se transparentaran su morvidez y hermosura.

La belleza de su garganta y del nacimiento de sus hombros se adivinaba del mismo modo á través del fino y delicado tejido del encaje.

Sus negros cabellos, recogidos en ricas y apretadas trenzas, estaban graciosamente prendidos detrás de su cabeza con largos alfileres de perlas, y dejaban completamente descubierta su blanca y serena frente.

Su collar, brazaletes y pendientes eran también de perlas, pero su aderezo estaba muy lejos de valer lo que valia el que habia regalado á Regina.

La marquesa de Villalta parecia una negra nube en medio de las mujeres que la rodeaban cargadas de sederías, diamantes y flores; pero su casta y apacible

belleza radiaba, á través de su nebuloso traje, como una estrella en un cielo tempestuoso.

— ¡Cuánto tarda Regina! pensó mirando por la cuarta vez el soberbio reloj del salón que señalaba las diez.

Y levantándose, se dirigió á su esposo y á Arturo que hablaban en la puerta con algunos caballeros.

— Pablo, dijo la marquesa á su esposo y señalando al notario de la familia que, sentado ante una mesa cubierta con un tapete de terciopelo carmesi bordado de oro, hojeaba el contrato: Pablo, el notario hace una hora que espera y Regina no viene.

Los labios del vizconde temblaron convulsivos. — Su tocador es hoy muy complicado, Gabriela, dijo el marqués con una sonrisa que tenia mucho de dolorosa.

— Si me hubiera dejado ayudarla, ya estaria aquí, observó la marquesa; pero se empeñó en vestirse sola.

— ¡Qué bella debe estar! ¿No es verdad, hijo mio? dijo el marqués apretando la mano de su futuro yerno: su vestido celeste con flores de plata y su aderezo de perlas van á producir un asombro general.

— ¡Su excelencia la señorita doña Regina Villalta y Mendoza! anunció el portero de estrados á la puerta del salón.

Todos volvieron la cabeza, y el marqués y su esposa cambiaron una mirada de sorpresa.

Regina no habia querido ponerse su espléndido traje con tanto cuidado preparado: llevaba un sencillo vestido de muselina blanca, enteramente liso, y una rosa, blanca también, medio prendida entre sus negros cabellos.

Entró ligeramente en el salón saludando con la cabeza á derecha é izquierda y fué á ocupar el ángulo frente á la puerta.

Sus padres y Arturo se aproximaron á ella confusos. — Pero, hija mia, ¿porqué no te has vestido? exclamó á media voz el marqués, pero con un acento profundo y concentrado.

— Se me hizo tarde peinándome, contestó Regina friamente, y no quise hacer esperar mas.

— También así está muy bella, Pablo; observó la marquesa con su santa y apacible dulzura; casi mas bella con esa sencillez que con su rico traje: ¿no te parece lo mismo, Arturo?

Este, incapaz de hablar, hizo con la cabeza un signo afirmativo, mientras por los labios de Regina pasó una sonrisa glacial.

La marquesa volvió á ocupar su puesto, y el marqués se aproximó al notario.

— ¿Qué vais á hacer, Regina? murmuró el vizconde al oído de la jóven.

— A decir que no quiero casarme con vos.

— ¡Semejante escándalo... aquí! Por Dios, Regina, medita lo que vais á hacer... hablad mañana á vuestros padres...

— ¿Para qué?

— ¡Este golpe les matará!

— ¿No dicen que yo soy su vida? exclamó Regina con una sonrisa helada como el filo de un puñal; ¡pues yo no pienso morir por ahora!

— Pódeis empezar la lectura, caballero; dijo el marqués al notario.

Reinó el mas completo silencio, y el depositario de la fe pública empezó á leer con voz altisonante.

El escrito lo merecia: los marqueses de Villalta cedían á su hija su título y su fortuna, consistente en diez millones de reales el dia de su casamiento, constituyéndose en alimentistas suyos.

— ¡Qué disparate! ¡Despojarse así por su hija! murmuraron dos condesas viejas detrás de sus abanicos.

— ¡Qué absurdo! exclamaron á su vez tres diputados: ¿no conocen que si su hija es mala se quedan en la calle?

El marqués paseó una mirada brillante y envanecida por el salón y cesaron los murmullos.

El notario siguió enumerando la fortuna del esposo: las rentas de su título eran muy pingües y aportaba además ocho millones de reales.

El marqués se acercó á su hija y la presentó el brazo para conducirla á la mesa á fin de que firmase. Regina se apoyó en él y se adelantó resueltamente; pero al llegar junto á la mesa colocada en el centro del salón, dejó el brazo de su padre, rechazó la pluma que el notario la ofrecia y dijo con sonora y reposada voz:

— Señores, declaro que no quiero casarme con el vizconde del Olmo.

Un murmullo de sorpresa se alzó en el salón: la marquesa abrió sus grandes ojos y los clavó con angustia en el rostro de su hija: el marqués palideció como un cadáver, y Arturo se desplomó sobre un sillón cubriéndose el rostro con los manos.

El escándalo era inaudito é imposible de reparar.

En aquel momento se oyó en las antecámaras una confusa gritería que se fué acercando rápidamente al salón; y un instante despues apareció en el umbral un jóven con el cabello largo, la barba crecida, el rostro encendido por una violenta fiebre, los ojos relumbrantes con la expresión del delirio y vestido de un destrozado traje negro.

Cruzó desatentado la suntuosa estancia, clavando en todos sus hurtañas, miradas hasta que por fin fijó sus brillantes ojos en la blanca y severa figura de Regina.

Acercóse apresuradamente á ella, la tomó con ímpetu de un brazo y gurró con ronca voz:

— ¡Con que te casas!... ¡Traidora!... ¡dónde están tus promesas de amor!...

— ¡Quién es este hombre!... gritó el marqués que sentia hervir en su seno el volcan de la ira.

— ¡Justino!... ¡cálmate! murmuró el vizconde tomándole una mano.

— ¡Ah!... ¡Ya te encontré!... rugió el infeliz jóven agarrando por el cuello á Arturo y sacudiéndole furioso; ¡voy á matarte, sí!... Pensabas que yo toleraria que enganasas á mi hermana, y que me robases á Regina...

— ¡Atrás, miserable!... exclamó el marqués dando tan fuerte empuje á Justino que le desvió algunos pasos. ¿Quién es ese hombre? volvió á preguntar clavando en Regina una encendida mirada.

— Ese hombre, padre, es el hombre á quien amo; por él renuncio á casarme con el vizconde. ¡Padre! ¡Madre mia! murmuró Regina cruzando la manos y con los ojos llenos de lágrimas; ¡padres míos! si me amais tanto como decís, consentid en que ese contrato sirva para unirme á él.

Los ojos del marqués llamearon como dos teas: dirigióse á la puerta ébri, vacilante y gritó con ronca voz:

— ¡Pedro! ¡Miguel! ¡Jacobo! ¡Nicolás!

Cuatro criados aparecieron en el umbral vestidos de toda gala.

— ¡Echad á la calle á ese mendigo! gritó de nuevo el marqués señalando á Justino que lo miraba todo sumido en una especie de inmóvil atonía.

— ¡Padre, yo seré tu esclava toda mi vida! sollozó Regina arrodillándose convulsa á los pies del marqués.

— ¡Echadle á palos!... ¿lo ois? ¡á palos, y pronto! rugió el marqués desprendiendo violentamente de sus rodillas los brazos de su hija que las sujetaban.

— ¡Madre, por Dios! gimíó de nuevo la infeliz niña clavando en Gabriela una mirada de angustia desgarradora.

Ante aquella mirada la marquesa se sintió vacilar como si se hubiese roto todo su ser: acercóse á su hija y oprimió contra su pecho la negra cabeza de Regina.

— ¡Fuera de aquí! gritó por tercera vez el iracundo padre dando un fuerte empujon á Justino que cayó como una masa inerte.

Dos de los criados que comparecieron al llamamiento del marqués, tomaron el inanimado cuerpo del desdichado jóven y le sacaron del salón.

Entonces se levantó Regina: secáronse sus lágrimas instantáneamente, y la blanca palidez de su rostro se encendió con una ardiente púrpura.

— Señor, dijo con voz fuerte y serena; ya que arrojaís de vuestra casa al hombre á quien amo, yo la dejo también para vivir con él.

Regina dió dos pasos hácia la puerta.

— ¡Hija desnaturalizada! gritó el marqués cárdeno y tembloroso; ¡hija ingrata y cruel! ¡Yo te maldigo!

La marquesa dió un grito de agonía y cayó desplomada á los pies de su esposo: aquella maldición habia destrozado todos los órganos de su frágil existencia.

Regina retrocedió: se arrodilló junto á su madre; besó su frente y sus manos, y desapareció con paso firme y majestuoso.

El marqués quedó en medio del salón con los brazos extendidos hácia la puerta como si hubiera querido enviar en seguimiento de su hija el eco-pavoroso de su terrible maldición.

XIV.

Un mes ha trascurrido.

En la puerta de la casita que habitaba la señora de Rivera hay un elegante coche de camino; y en el pequeño aposento donde bordaba Eugenia, cuando su pobre madre vivia, se encuentran aquella amable jóven, el vizconde del Olmo, Regina y Justino.

Eugenia y Arturo están elegantemente vestidos de viaje. Regina tiene puesta una bata blanca y Justino lleva un traje de casa sencillo de muy buen gusto.

Aun está pálido lo mismo que su hermana; pero la suave palidez de entrambos hace resaltar su belleza.

— ¡Háganos el cielo tan dichosos como merecís, hermanos míos! dijo Justino tomando en sus manos las de Arturo y Eugenia: ¡ojalá vuestro enlace sea para vosotros manantial inagotable de ventura!

— ¿Porqué no venís con nosotros? preguntó la vizcondesa dirigiéndose á Regina; el cielo de Italia os probará bien, hermana mia.

— No quiero salir de Madrid, contestó lacónicamente Regina.

— Al menos, mudaos de casa, Justino; dijo Arturo: esta es muy insalubre.

— Regina se opone á ello, observó tristemente Justino.

— Pero ¿porqué?

— Porque quiero, contestó Regina, que mi padre tenga siempre ante sus ojos al esposo de su hija que arrojé de su casa y á la hija que le abandonó.

— Regina, dijo Arturo, eso es ofender á Dios y vengar en tí propia la desventura que te ha enviado: ¿piensas que el corazón de tu padre ha de conmoverse presenciando tu escasez y tus penas? ¿piensas que el dolor, la indignación que tienen su corazón petrificado, han de dar lugar al amor que te profesó, á la compasión siquiera? No, Regina; no lo esperes jamás: quizá, si te humillases á él, si le pidieses, en tu nombre y en el de tu esposo, que perdonase tu desobediencia, quizá se ablandaria y os llamaria á su lado.

— ¡Humíllarme de nuevo! ¡yo!... exclamó Regina con fiereza: solo una vez lo he hecho en mi vida, pero

esa me satisfizo para siempre. ¿No recuerdas, Arturo, que me arrodillé á los piés de mi padre gimiendo, con las manos cruzadas, sin que me arredrasen tantas miradas burlonas y tantas risas sardónicas? ¿No recuerdas que mi padre, ese padre que decía que tanto me amaba, me rechazó bruscamente y desprendió con fuerza mis brazos que abrazaban sus rodillas? ¡Oh! Ese padre, que me había educado para el orgullo, ese padre que, previniendo todos mis deseos, había desarrollado en mí el mas grande y helado egoísmo, debió comprender que mi vida, que mi dicha entera dependía de que me concediese lo que le pedía postrada á sus piés. ¿Dónde estaba entonces su decantado amor?

— Piensa en tu madre al menos, hermana, dijo Eugenia dulcemente: en tu madre que morirá lejos de tí porque tú eras su vida.

— ¡Pobre madre mia! murmuró Regina quedándose con la mirada absorta y fija, pero sin que la humedeciese una lágrima. ¡Pobre madre! repitió: ayer estuvo aquí y me estremecí al verla, á pesar de que se me figuraba que yo era incapaz de estremecerme.

— ¡Cómo! ¡Estuvo aquí! exclamó Justino.

— Sí; espí el instante en que tú salías y vino recatándose de mi padre que la creía en su cuarto, á rogarle que me humillara á él, pues de lo contrario me exponía á que nos dejara en la miseria: yo no sabía que mi padre podía desheredarme.

— ¿Rehusarás todavía acudir á su generosidad, Regina? preguntó Arturo.

— ¡Generosidad! repitió la jóven soltando una amarga carcajada. ¡Generosidad conmigo el marqués de Villalta! Para que la tuviera era menester que yo me humillase mucho, y no me han educado para la humildad. El carácter de mi padre y el mio son igualmente duros, impetuosos é indomables: han chocado, y de este choque solo puede resultar la muerte para uno de los dos ó quizá para entrambos.

— El coche espera á los señores; dijo una muchacha bien vestida, que apareció en el umbral de la puerta.

— ¡Adios, Regina! exclamó la vizcondesa abrazándola: si sufris, si tu esposo no encuentra un día donde ganar el pan preciso, acudid á mí, ya que ahora no queréis aceptar nuestras ofertas.

— Gracias, hermana; contestó Regina devolviéndola su abrazo con aquella frialdad serena que formaba la base de su carácter de hierro; gracias, no porque no tenga intención de aceptarle, agradezco menos tu desprendimiento.

Arturo abrazó estrechamente á Justino, repitiéndole las mismas palabras de su esposa, y bajó con ella para tomar el coche.

Justino les acompañó hasta él; pero Regina cuya impasibilidad orgullosa se había aumentado con la desgracia, se contentó con acercarse á una de las ventanas sin que su hermoso rostro demostrase la menor alteración.

Cuando Justino volvió á entrar en la estancia en que quedó Regina aun brillaban en sus ojos algunas lágrimas.

— ¿Porqué no te has ido con tu hermana ya que tanto te aflige su ausencia? dijo Regina amargamente á su esposo.

— ¿Me culpas porque siento su primera separación?...

— Yo creí, contestó la jóven, que tenía derecho á exigirte que solo por mí te entristecieras ó alegraras.

— Regina, exclamó Justino exasperado: tu amor es un torrente devastador que arrebató tras sí todo sentimiento dulce.

— ¿No lo he abandonado yo todo por tí?

— ¡Es verdad! murmuró aquel hombre de corazón tierno y sensible como el de un niño: ¡es verdad, Regina! Tienes razón para decirme que únicamente por tí debiera sufrir ó alegrarme. Escucha: desde hoy ya no tendrás celos de nadie, porque estoy solo contigo en el mundo. ¡Solo á tí te amaré sobre la tierra! ¡Solo viviré para tí!

XV.

Corrieron ocho meses con la velocidad que hallan en las alas del tiempo todos aquellos seres que son felices. Regina y su esposo le acusaban de correr demasiado aprisa, no obstante que sus recursos se acababan mas velozmente que los días que pasaban entregados á su amor.

Su felicidad, sin embargo, no estaba exenta de algunas nubes: el carácter helado y orgulloso de Regina dominaba, es verdad, al dulce y apacible de su esposo, pero esta superioridad pesaba sobre el alma de Justino que, como hombre al fin, tenía aquel orgullo que algunas mujeres califican de egoísta y cruel, y al que yo doy el hermoso nombre de *dignidad*.

¡Ay de los esposos que cambian sus condiciones! Nunca esperen encontrar la felicidad verdadera: la mujer puede dominar al hombre, pero solo con el prestigio de sus gracias, de su dulzura y aun con el de su llanto; las que consiguen dominarle por su carácter irascible y altanero, tienen un imperio bien poco envidiable.

El hombre que se rebaja hasta obedecerlas ciegamente, las teme y no las ama, y quizá esa hipócrita servidumbre busca y encuentra, lejos de ellas, su solaz en culpables ó degradantes extravíos.

La mujer, por su parte, no estima al esposo que, perdiendo la dignidad de tal, se convierte en siervo suyo. El mismo Hércules fue despreciado hilando á los piés de Omphale.

Regina vendió la sortija y los pendientes que tenía puestos al salir de la casa de sus padres, para atender á sus necesidades que durante algún tiempo fueron provistas con holgura; mas sedienta de la presencia de Justino y ocupada únicamente de su amor, le exigió que abandonase, al menos por algunos días, sus traducciones.

— Pero, Regina mia, los editores buscarán otros traductores; objetó Justino con dulzura.

Su esposa le tapó la boca con su hechicera mano, diciéndole que no quería escuchar objeciones.

Sometióse pues Justino á un reposo que complacía á su cara mitad y que era además muy necesario á su quebrantada salud, y desde entonces se dedicó solo á estar á su lado y á contemplar su espléndida belleza.

Pasaba largas horas sentado á sus piés en un almohadon y adorando el hermoso corte de su frente, sus grandes y rasgados ojos negros y sus arqueadas cejas de ébano: divertíase en deshacer las largas trenzas de sus cabellos, en admirar sus manos, modeladas como las de una estatua antigua, y su garganta que parecía de mármol.

Otro motivo acrecentaba aun su amor: Regina iba á ser madre, y pensando en su hijo pasaban ambos largas horas conversando acerca de sus proyectos para el porvenir.

La necesidad apareció por fin en los umbrales de la casa de los jóvenes esposos, llenando de hiel el corazón de Regina: esta pasaba momentos atroces apoyada en su mísera ventana contemplando el suntuoso palacio de sus padres, y herida, á su pesar, por el contraste que su opulencia formaba con su tristísima situación.

Sin embargo, el palacio de Villalta permanecía cerrado y silencioso como un sepulcro desde que ella le abandonó: las últimas luces que brillaron en él se habían encendido para firmar sus contratos matrimoniales con Arturo, la noche misma que ella dejó la casa paterna.

Justino la suplicó de nuevo que le permitiese volver á ocuparse de sus traducciones, y Regina consintió aterraada por el aspecto de la pobreza que les amenazaba.

Pero la infeliz Regina no podía hacer nada por su parte para impedirlo: la educación que la habían dado la había enseñado únicamente á dibujar, cantar, tocar el piano y bailar en los saraos adonde diariamente concurría; pero todo esto tan medianamente, que de nada podía servirla tratándose de emplearlo como recurso.

¡El excesivo y ciego amor de sus padres había hecho completamente infeliz á Regina!

Justino, no bien arrancó á su esposa el consentimiento para dedicarse al trabajo, corrió en busca de los editores que antes le habían empleado; mas ¡ay! sus temores se habían realizado; todos le dijeron que ya no le necesitaban.

Justino volvió al lado de Regina con el corazón traspasado de dolor; pero esta se encerró en una pena silenciosa y concentrada, sin saber prestarle el mas leve consuelo y contentándose solo con mirar amargamente el palacio de sus padres.

Al día siguiente Regina vendió unos pendientes de oro que le quedaban, y sus vestidos, reservándose únicamente el de menos valor.

Justino nada tenía que vender: su delicadeza no le permitió hacerse, al casarse con Regina, mas que un pobre y modesto traje.

XVI.

Era una noche de octubre: el viento, frío ya, azotaba las vidrieras del palacio de Villalta triste y silencioso desde que le había dejado Regina.

En el salón particular de la marquesa y cerca de la chimenea se hallaban esta y su esposo mudos y consternados.

Gabriela parecía la sombra tristísima de la hermosa dama que año y medio antes hacía las delicias de su esposo y de toda su familia.

Estaba envuelta en una bata de raso oscuro, y su rostro tenía una palidez extraña semejante al marfil.

Era una luz que se consumía por instantes. El marqués había envejecido diez años en tan corto espacio de tiempo: sus cabellos estaban blancos como la nieve; su cuerpo encorvado y sus descarnadas manos arrugadas como su semblante.

La marquesa, con la mirada vaga y perdida, tenía impreso en su fisonomía ese sello de paz y de dulzura que en algunas mujeres sobrevive á la misma muerte.

El marqués envuelto en una bata gris, miraba á la chimenea, que ya estaba encendida á pesar de lo poco avanzado de la estación.

Hubo un instante en que levantó sus ojos fijándolos en el rostro de su esposa y en que se estremeció profundamente.

— ¡Hoy estás mal, muy mal, Gabriela! dijo con tan honda conmoción que hizo asomar una ardorosa lágrima á sus ojos: ¿qué es lo que sientes?

— ¡Me siento morir, Pablo! contestó Gabriela con la misma suave dulzura con que hubiera dicho: ¡soy feliz!

— ¿Con que no quieres vivir para mí? exclamó el marqués con amargura.

— ¡Oh, sí! ¡Yo quisiera vivir para consolarte, Pablo! ¡pero no puedo!

— ¡Cuánto la amabas! barbotó el marqués tomando la abrasada mano de su esposa.

— ¡Tanto, repuso esta, tanto la amaba, Pablo, que al verla salir de esta casa sentí romperse dentro de mí

misma todos los hilos de mi vida! Tanto la amo aun que si revocarás la maldición que lanzaste sobre su frente, si abrieras de nuevo tus brazos y tu casa...

— ¡Qué!... exclamó ansioso el marqués.

— ¡Moriría feliz! concluyó Gabriela clavando en el cielo una mirada empapada en lágrimas.

— ¡Oh! ¡Pues si he de perderte lo mismo, no quiero llamar á esa ingrata, á esa sierpe que ha desgarrado con una herida mortal el seno que la abrigó! ¡Solo la esperanza de conservarte la vida sería lo que me hiciese olvidar su fiereza y perdonarla! ¡Mas ya que he de perderte, mi odio hácia ella crece puesto que se convierte en tu verdugo! ¡Maldita, maldita sea mil veces!

— ¡Pablo! ¡si me amas déjame subir tranquila al cielo!

— ¡Pobre mártir! exclamó el marqués tomando entre su descarnada mano la cabeza de su esposa: ¡tú no puedes endulzar con toda tu mansedumbre el raudal de hiel que invade mi alma! ¿No sabes que tú has sido en la tierra mi único amor, hasta que diste la existencia á esa fiera á quien llamabas hija? Pues bien, ¡muerta la pasión que á ella la tuve, solo á tí amo ya en el mundo! ¡Si le dejas te seguiré bien pronto!

— ¡Pablo, tu hija es madre, y no tiene pan para su hijo!

Un estremecimiento convulso recorrió el demacrado cuerpo del anciano.

— ¡Cómo lo sabes! murmuró despues.

— Lo sé porque mi cuidado la ha seguido incesantemente: cuando me apercibí de que la miseria estaba próxima á aquejarla, la envié socorros que en su orgullo rehusó, contestando que solo quería volver á la casa de su padre cuando este la llamase.

— ¿Y porqué no me ha rogado que la recibiese en ella toda vez que la abandonó?

— ¿Olvidas, Pablo, que ha aprendido de tí su indomable altivez? ¿Olvidas que se la has fomentado tú mismo? Tú debes llamarla á tus brazos.

— ¡Nunca, nunca! exclamó el marqués: ¡despues de perderte, su vista me sería odiosa!

Un profundo silencio siguió á estas palabras; mas pasado un instante, el anciano alzó la cabeza para dirigir de nuevo la palabra á su esposa.

— ¡Gabriela, Gabriela! gritó al verla pálida é inanimada; ¡Gabriela, vuelve en tí!

La marquesa abrió los moribundos ojos, y oprimió la mano de su esposo: este llamó á sus doncellas y trasladaron á Gabriela á su lecho.

La noche la pasó en una dulce y soñolienta agonía; al rayar el alba expiró.

(Se concluirá.)

Industrias de la China.

LOS BARBEROS Y LOS COMPONEDORES DE UTENSILIOS.

La industria del barbero en la China es de una época reciente. Durante cuatro mil años la navaja de afeitar ha sido un instrumento desconocido entre los chinos, pues llevaban el pelo largo y dejaban crecer la escasa barba que la naturaleza les ha concedido.

Los tártaros manchús, que se hicieron dueños del imperio á mediados del siglo XVII, fueron los que introdujeron el arte del barbero, imponiendo á la nación vencida la costumbre de afeitarse el pelo excepto una mecha que parte de la coronilla y sirve para formar una trenza que queda colgando sobre la espalda.

Al principio los chinos consideraron esta costumbre como una humillación; pero poco á poco fueron entrando en ella de tal modo, que hoy hasta las personas de la clase mas baja desean tener la cabeza limpia, y para esto se hacen afeitar lo mas á menudo posible. Los barberos han llegado á ser pues unos auxiliares importantes en el confortable de la vida china, y por esto no causa sorpresa el verlos á cada paso ejerciendo su industria, ya en tiendas elegantes donde los parroquianos pueden comer, beber y fumar, ya bajo un quitasol instalado al aire libre con un simple banquillo, ya en fin, en las esquinas de las calles donde un parroquiano los detiene al paso.

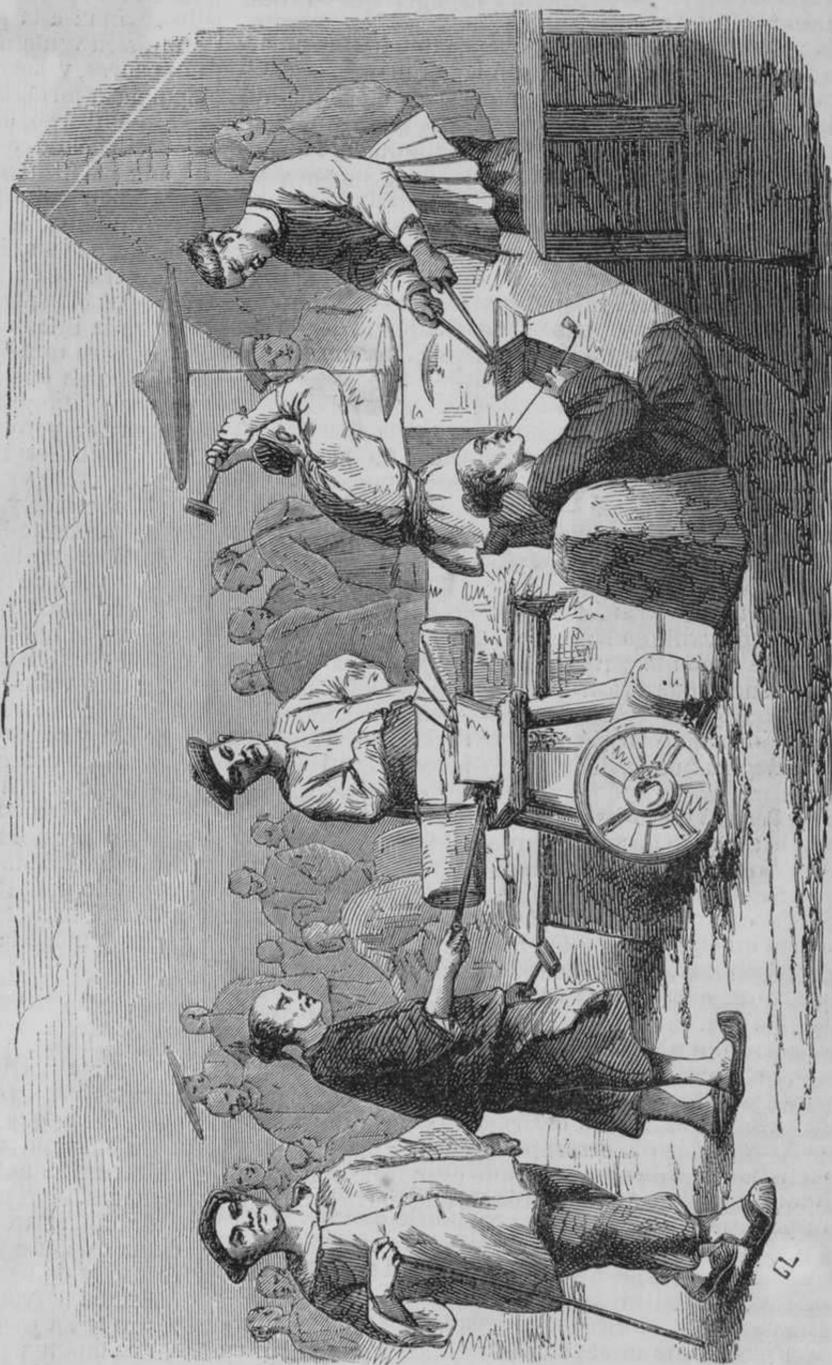
Preciso es saber en efecto que los barberos que tienen tienda acostumbra á tomar en clase de aprendices algunos muchachos á quienes enseñan *grosso modo* á manejar la navaja, y que mandan por las calles durante el día en busca de los jornaleros, los criados y los aldeanos que no tienen tiempo ó recursos para hacerse afeitar antes de salir de casa.

Estos barberos ambulantes llaman al público separando con el dedo pulgar los dos picos de unas tenacillas de acero que al cerrarse luego fuertemente producen un sonido muy agudo. Un saco que llevan al hombro encierra las navajas, los peines, los cepillos, una palangana de metal y una escudilla de cobre ó de madera para recibir el producto del trabajo. Algunos llevan en la punta de un palo un cajon de madera con agua caliente sobre un brasero y agua fría encima con el intervalo de una gabela para los instrumentos y el jabón. Para equilibrar el peso del mueble cuelga un banquillo de cuatro piés de la otra punta del palo que se colocan horizontalmente en el hombro.

Cualquiera detiene al barbero que pasa y le pide que le afeite la cabeza. El barbero saca al instante los utensilios y los pone á un lado en la calle, comenzando inmediatamente la operación, sin que el barbero ni el parroquiano se acuerden de los transeuntes, de los palanquines que pasan al trote, ni de los mozos cargados de fardos que gritan para que les dejen el paso libre.



INDUSTRIAS DE LA CHINA. LOS BARBEROS AMBULANTES.



LOS CERRAJEROS CHINOS.

Quando la cabeza está bien afeitada y lavada, le llega el turno á la trenza, que el barbero deshace, peina, limpia y vuelve á trenzar de nuevo, alargándola con un cordoncillo negro que baja hasta el suelo. Despues son las orejas; el operador las limpia por dentro con una espátula de hierro, á cuya accion deben atribuirse indudablemente los muchos casos de sordera que se notan en la China.

El mismo instrumento sirve despues para acariciar los párpados á fin de provocar con esas cosquillas la limpieza de las glándulas lacrimales. Por último, el barbero termina su tarea pegando palmadas en la superficie del cuello, de los hombros y de las espaldas del parroquiano.

Esta operacion tiene por objeto quitar á los músculos el entorpecimiento que resulta siempre de la posicion incómoda y la inmovilidad en que debe estar el parroquiano mientras le afeitan. Pero si la accion de las manos se prolonga un poco, entonces se produce un fenómeno magnético sumamente curioso; el parroquiano se duerme, y su rostro toma la expresion de un sueño agradable.

Por este ó por otro motivo el oficio de barbero no tiene nada de humillante á los ojos de los chinos, y puede ser ejercido por hombres de una posicion liberal. Es muy frecuente que los barberillos sin fortuna, que van á Pekin á pasar los exámenes de la licencia, ganen su vida por el camino haciéndose barberos ambulantes.

En vano han pretendido los pedicuros el mismo privilegio, queriendo hacer valer en apoyo de su demanda que aun en presencia del emperador les está permitido sentarse para operar con facilidad, en tanto que los barberos tienen que estar de pié junto al cliente, aun cuando este sea un esclavo.

Los reglamentos académicos de acuerdo en este punto con la opinion del pais han mantenido la incompatibilidad de la ciencia del pedicuro con los grados literarios, y han asegurado á los barberos una preferencia que disfrutarán sin duda mientras los manchús gobiernen la China.

Al lado de los barberos ambulantes se ven á menudo acurrucados en las calles de Canton hombres negruzcos como si fueran desollinadores de chimeneas: son los que componen las sartenes y demas utensilios de cocina.

Su apariencia es bien miserable; sus instrumentos son de una sencillez antidiluviana, y sin embargo esos aprendices del arte primitivo hacen cosas que los obreros mas hábiles de los pueblos civilizados no saben hacer. Así para citar un par de ejemplos, diremos que saben soldar perfectamente los utensilios de hierro colado que están rotos sin emplear clavos de ninguna especie, y que en pocos instantes funden el hierro y le vacian en medio de la calle, sin mas aparato que un fuelle cilindrico que funciona como una lavativa por medio de un embolo de tiraje horizontal; sin embargo, hay que advertir que los pedacitos de carbon en medio de los cuales desemboca el tubo lateral del fuelle son de una especie particular que produce una cantidad prodigiosa de calórico.

El precio de estas operaciones varia notablemente segun las circunstancias. Si hay que encender la tragua para un solo objeto, cuesta caro; pero si se reúnen muchas personas con utensilios que gobernar á la vez, el precio es módico.

Por eso en cuanto se presenta el primer parroquiano, el obrero envia á su

aprendiz por las calles adyacentes gritando que está allí el que gobierna los utensilios caseros, y el publico aprovecha la ocasion.

No entraremos en los detalles técnicos de la soldadura del hierro colado, porque quizá no se nos creeria; pero no por eso dejaremos de afirmar de un modo general que los chinos ejercen los oficios ambulantes con una destreza maravillosa, aunque emplean medios muy sencillos, y que la industria europea podria hallar mucho que aprender, si se tomara el trabajo de hacer de ello un estudio detenido. C.

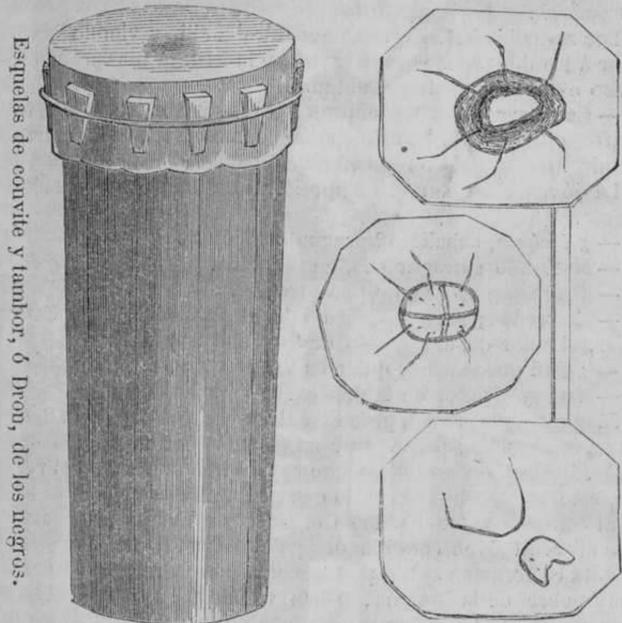
Ceremonia fúnebre entre los negros de Surinam.

M. T. Bray escribe de Surinam, con fecha 30 de marzo de 1858, la siguiente correspondencia, á la que acompañaba el dibujo que publicamos representando una reunion de negros, que con el título de *anansi-tori*, tiene por objeto despedirse del alma de un difunto.

Estas reuniones, dice M. Bray, que se celebran en la cabaña del difunto, y para las cuales se distribuyen esquelas de convite, tienen lugar el segundo sábado que sigue al fallecimiento, y principian á las nueve de la noche para terminarse al amanecer del otro dia.

Pasan la noche contando cuentos risueños, rien, cantan, comen y beben. Mientras dura la ceremonia la puerta de la cabaña permanece abierta ó cerrada; si la dejaran entreabierta, la primera persona que entrase veria rodar por el cuarto no solo el alma del difunto, sino las almas de otros muertos conocidos del recién llegado, y la vista de una de ellas le podria traer algun peligro.

He leído hace algun tiempo en la *Revista británica* un artículo sobre las supersticiones poéticas de la Escocia, y con sorpresa he descubierto mucha analogia entre las



Esquelas de convite y tambor, ó Dron, de los negros.

del africano y las del escocés. Segun estos últimos el alma no sale del cuarto en donde se separó del cuerpo, sino despues de concluidos los funerales. Los negros suponen que no deja la tierra hasta que ha tenido lugar en su honor la ceremonia fúnebre de que tratamos.

Una vez iban á enterrar á un negro, cuando uno de sus parientes me preguntó si era verdad que á beneficio de un espejo colocado perpendicularmente en medio de la caja se podia ver al difunto á caballo sobre el féretro. Yo no pude menos de echarme á reir con semejante pregunta, y acabé por decirle que no, aunque á la verdad nunca habia yo hecho la experiencia.

— Se rie Vd., me dijo el negro, y sin embargo, no es cosa de broma; un incrédulo como Vd. hizo un dia la prueba y vió al difunto á caballo sobre el féretro, lo cual le hizo perder el juicio.

Al punto llamé á mi criado y le dije

— Codjo, tráeme un espejo.

Y colocando el espejo en la posicion susodicha, me incliné y no vi otra cosa que mi propia imágen.

— ¿Y bien? preguntó el negro.

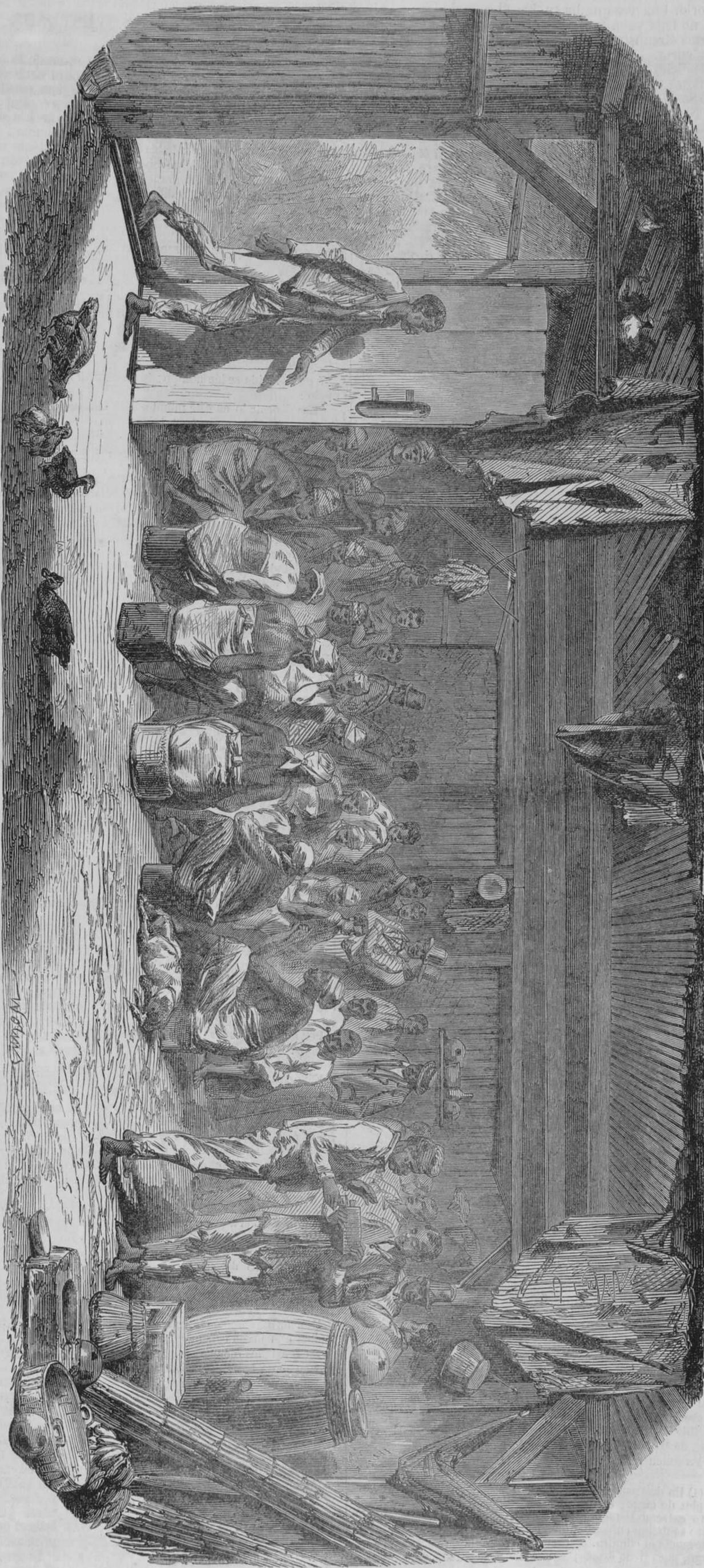
— No seas tonto, le respondí, no hay nada... mira y convéncete de ello.

— ¡Que mire yo... en el espejo!!!... gritó el negro abriendo los ojos y temblando de horror; ¡av!!! me guardaré bien de hacerlo. Si no lo habeis visto, es que teneis un *obia* (amuleto) que le habrá asustado; pero yo que no le tengo, le veria seguramente, y no quiero perder la vida por una fanfarronada.

Volviendo á nuestro *anansi-tori*, estas dos palabras significan, la primera araña y la segunda historia, en otros términos, historia de araña. Estas reuniones se llaman así porque en ellas se cuentan cuentos en los cuales la araña desempeña un papel principal.

Los dias que pasan entre la muerte y el *anansi-tori*, son considerados por los negros como otros tantos dias durante los cuales el alma del difunto se purifica para alcanzar en la aurora del domingo la perfeccion indispensable para que se reuna con su Criador. Es su pur-

ANANSI-TORI, CEREMONIA FUNEBRE DE LOS NEGROS DE SURINAM.



W. J. M.

gatorio. Una vez que ha subido al seno de Dios, el alma no baja ya á la tierra, sino con su permiso y en ciertas circunstancias, como la que motiva esta correspondencia.

He dicho ya que los negros se mandaban esquelas de convite; dos envío con esta carta. La mayor significa: «Se os convida á pasar la noche del sábado en casa de N... Cuando toda la vecindad se haya dormido, se tocará el gran *dron* (1).»

La mas pequeña dice: «Se os convida á un *anansi-tori* que dará N... el sábado próximo; el gerente estará ausente; se tomará chocolate y se beberán licores.»

En ambas esquelas un dibujante de la localidad ha puesto una araña, en tanto que las líneas que se encuentran en el revés de la mayor deben representar un gran *dron*.

Digamos cuatro palabras sobre este gran *dron*. Los negros no adoran mas que al diablo. Segun ellos, siendo Dios infinitamente bueno, nada hay que temer de él, y dejan para el autor de todo mal las ofrendas y los sacrificios.

No obstante, como desde hace cincuenta años los misioneros trabajan sin cesar en hacer comprender á los negros que lo contrario es lo que debe suceder, y en su consecuencia han prohibido las prácticas horribles que acompañan al culto del genio del mal; como á mayor abundamiento, en el interés moral del africano y para preparar la emancipacion, todos los gerentes se oponen á esas prácticas abominables, se sigue de aquí que les es muy difícil á los negros entregarse á ellas en toda libertad, y por eso se aprovechan de la ausencia del gerente y del sueño de los gerentes vecinos para sacar de su escondite al gran *dron*, y cuando todo duerme, un africano, que es por lo comun un jefe antiguo, llama al demonio.

Cuando este ha obedecido, lo que conocen los presentes en que se erizan los cabellos, el jefe pega sobre el gran *dron* dos golpes por segundo, y entonces... entonces es preciso haber visto lo que yo para poder formarse una idea de la indecencia, de la bestialidad, y en fin, de la rabia que se apoderan de los que se hallan reunidos con el inocente pretexto de un *anansi-tori*.

Ese *dron* no sirve mas que para esas ocasiones. El dibujo representa el interior de una cabaña de negros. Una vieja está contando un cuento cualquiera al auditorio sentado, este en un pedazo de leño, aquel en una piedra, el otro en un banquillo, etc.

En el centro del corro formado por las mujeres hay una caldera donde se hace el chocolate.

En el fondo algunos hombres escuchan; otros mas formales, beben, fuman y hablan de política... Parecerá extraño que hablen de política, pero así es, y nos explicaremos. Una habitacion es un pequeño Estado en donde reina el gerente, y el africano no seria hombre si no se pusiera á murmurar del carácter ó de los talentos de su jefe. Dotado de mucha perspicacia, el negro se engaña rara vez acerca del valor de un hombre, y si estima á un gerente severo pero justo, en cambio desprecia al que se rasca la oreja antes de tomar una decision.

Se aprovechan pues de esas reuniones para ocuparse de su gobierno; no obstante, á medida que la bebida trastorna los cerebros, se olvidan los defectos del gerente para no acordarse mas que de sus buenas cualidades, y cuando ya no hay mas que beber, el tirano se ha convertido en un buen hombre.

T. B.

Revista de Paris.

Hé aquí varios hechos que hacen honor á nuestra época. — En el Teatro Lírico de Paris se representó el año último la ópera de Weber titulada *Eurianthe*, y obtuvo feliz éxito; con este motivo Meyerbeer escribió una carta recomendando á las simpatías del mundo inteligente á un hijo del célebre maestro que vivía desconocido y pobre en un pueblo de Alemania. La comision de autores dramáticos tomó en cuenta la recomendacion de Meyerbeer, y se apresuró á transmitir al hijo los derechos de autor que habria percibido estando en vida el ilustre padre.

En estos últimos tiempos acaban de descubrir en Milan á un hijo de Mozart, que vive, lo mismo que el de Weber, en la oscuridad y la miseria. El empresario francés que tuvo la excelente idea de dar á conocer al público de Paris la ópera de Weber, hizo ejecutar este invierno una de las producciones mas notables de Mozart, *las Bodas de Figaro*. El éxito fué prodigioso, y por consiguiente muy crecidos los beneficios de la empresa. Gracias á la prescripción, el Teatro Lírico podia representar la ópera de Mozart sin satisfacer ningun derecho de autor; pero la comision de autores dramáticos creyó estaba en su honor y en su deber el suplir las imperfecciones de la ley vigente; y quiso obrar guiada únicamente por el impulso del corazón y en virtud de los principios de la justicia eterna, y gracias á su generosa iniciativa, el hijo del gran compositor recibió la parte que le habria tocado á su padre por la partitura de *las Bodas de Figaro*.

Ya saben nuestros lectores que la pobre condesa de Rossi

(1) Un *dron* se compone de un cilindro de madera de 2 á 3 piés de largo; es hueco y está abierto por debajo. En el otro extremo tiene una piel de ciervo. Para hacerle mas sonoro se meten cuñas con un martillo entre la piel y la cuerda que sujeta el cilindro. El gran *dron* solo difiere en que es mas largo, pues tiene 6 piés; además está encantado.

(Enriqueta Sontag), recorriendo en 1854 el nuevo mundo para ganar una fortuna á sus hijos, falleció en Méjico; su cadáver, traído á Europa, fué enterrado en la capilla del convento de Marienthal, cerca de Dresde.

La eminente cantatriz descansa hace cuatro años al lado de su hermana Nina Sontag, que fué tambien una artista de primer órden, y que murió siendo religiosa en el monasterio de Marienthal.

Su marido el conde Rossi, embajador en Berlin, se hallaba acreditado igualmente cerca del gran duque de Mecklemburgo-Strelitz. La condesa que habia renunciado entonces á cantar en público, tuvo á bien quebrantar su propósito en un círculo íntimo de la córte del gran duque.

Este príncipe ha mandado depositar sobre su sarcófago una corona de laurel en cuyas hojas de oro se leen estas palabras:

A LA MEJOR DE LAS ESPOSAS Y DE LAS MADRES,
A LA MAS FIEL DE LAS AMIGAS,
A LA MAS HERMOSA Y AMABLE DE LAS MUJERES,
A LA MAS GRANDE DE LAS CANTATRICES,
DEDICADA POR JORGE, GRAN DUQUE DE MECKLEMBURGO-STRELITZ.
17 DE JUNIO DE 1856.

Y en la lápida se lee una poesía en alemán que dice de este modo:

«Has disfrutado en este mundo de la felicidad mas pura; el arte, las gracias y el amor tejieron tu corona. Ahora descansas en la santa paz de Dios, radiante con los esplendores del paraíso. Te has sacrificado por los que te eran caros. A tí la salvacion eterna.»

Hace dos años que se ha elevado ese monumento á la memoria de Enriqueta Sontag: desgraciadamente se encuentra en una aldea retirada y pocos viajeros le visitan.

Hemos pasado mucho tiempo sin dar aquí noticias del famoso jefe de los espíritus M. Home. Ignorábamos su paradero; pero hoy nos acaba de revelar M. Alejandro Dumas que ha emparentado con una de las familias mas opulentas de Rusia, y que ha entrado en la categoría de los hombres casados en posesion de haciendas considerables. Por consiguiente, se acabaron los milagros, y para encontrar en el día algo de maravilloso en lo que toca á este personaje, es preciso retroceder á lo pasado. Alejandro Dumas nos cuenta lo que sigue en los apuntes biográficos de M. Home:

«... De Escocia pasó á América. En Norwich (Connecticut) halló un niño que le llevaba dos años de edad. Tenia catorce, y se llamaba Edwin.

Prontamente se estableció entre ambos una amistad íntima, y se presentaba un carácter singular.

Los dos niños salían juntos y se encaminaban silenciosos hácia el monte: llegados al monte se separaban para leer, y luego se reunían para comunicarse sus ideas y hacer una especie de resumen del libro que habian leído.

Un día Edwin se presentó á Daniel pálido y agitado.

— ¡Ah! le dijo, acabo de leer una cosa muy extraña.

Era la historia de dos amigos ligados como ellos por lazos de una ternura muy profunda y que, mediante un juramento escrito con sangre, se habian prometido que el primero de los dos que moriria se despediria del otro: efectivamente uno de ellos habia muerto y habia cumplido su promesa.

— ¿Quieres que hagamos el mismo juramento? preguntó Edwin.

— Sí, respondió Daniel.

Los dos niños entraron en una iglesia y se juraron que el primero de los dos que viniese á morir se apareceria al otro.

Como habian hecho sus predecesores, se picaron la vena con una aguja, se sacaron algunas gotas de sangre que mezclaron, y con esta sangre escribieron la promesa de ultratumba.

Por necesidades de familia hubieron de separarse los dos amigos. Home y su tía fueron á vivir á Troy en el estado de Newport á trescientas millas de Norwich.

Edwin permaneció en Norwich.

Pasó un año.

Una noche Home volvió á su casa tarde y no halló en ella ni luz ni fuego; temiendo que le riñera su tía, se fué sin hacer ruido á su cuarto y se metió en la cama.

Apenas estaba acostado cuando creyó oír un ruido particular que le hizo incorporarse en su lecho.

Una luz que era sin duda la claridad de la luna, penetraba en la alcoba como un rayo diagonal.

Esto nada tenia de extraño, y así fué que el jóven no se sorprendió, pero sí hubo de chocarle sobremanera la circunstancia de que al pié de su lecho flotaba como un vapor que se condensaba mas y mas á cada instante.

Poco á poco del centro de este vapor que tocaba al suelo y que se elevaba á la altura de cuatro ó cinco piés, principió á destacarse una forma humana que tomó la apariencia de un busto en su pedestal.

Esta forma humana tenia cierta semejanza con Edwin; únicamente el jóven estaba muy pálido, parecia un mármol vivo.

En breve los ojos se animaron y se fijaron en Home, que por su parte tenia clavada la vista en la aparicion; los labios se movieron, y aunque no pronunciaron sonido alguno, Home oyó como un eco dentro de sí que decia estas palabras:

— Daniel, ¿me reconoces?

— Sí, dijo Daniel con la cabeza.

— Cumpló la promesa que nos hicimos; voy á esperarte arriba.

Y pareció que un brazo salía del vapor y señalaba al cielo.

Inmediatamente y por grados la vision comenzó á desvanecerse; el busto se volvió nube, la nube vapor, y todo desapareció como un sueño.

A la otra mañana Home dijo á su tía:

— Edwin ha muerto.

— ¿Quién lo ha dicho?

— El mismo; ha venido á despedirse de mí esta noche. La tía estremeciéndose de piés á cabeza le contestó que estaba loco, y le mandó que callara.

Veinte y cuatro horas despues supieron que Edwin habia fallecido.

Se apareció á Home tres dias despues de su muerte, contados minuto por minuto.

Prodigios de distinta naturaleza y que pueden creerse con mas facilidad que estas historias maravillosas de M. Home, llaman hoy la atencion de los extranjeros que visitan la capital de la Francia. Queremos hablar de un gran baile nuevo que se ejecuta en el teatro de la Grande Opera con el título de *Sacountala*; el argumento es de M. Teófilo Gauthier y la música de M. Reyer. No nos detendremos en analizar su argumento: diremos solamente que *Sacountala* habita en un monte sagrado cerca del Himalaya; que el brujo Durwasas impide estos amores quitando la memoria de ellos al amante, y que la pobre *Sacountala* está á punto de perecer en una hoguera, cuando el rey reconoce el anillo imperial que ha puesto en su mano y la toma por esposa. — El compositor Reyer ha tenido bonitas inspiraciones en su música, que es original y alegre, y se distingue sobre todo por su propiedad ó su «color local», como se dice en Francia.

Pero los prodigios del espectáculo no están seguramente en el argumento ni en la música, sino en la *mise en scène*, en la riqueza de los trajes, en la magnificencia de las decoraciones. (En la primera página de este número hallarán nuestros lectores el dibujo de una de ellas.) Además es prodigioso igualmente la habilidad de la bailarina Ferraris; no puede darse mas brio, mas elegancia, ni mas gracia; es la expresion mas alta de la poesía del movimiento y de la forma.

Entre las personas que el viernes último acudían al teatro de la Grande Opera para asistir á la representacion de *Sacountala*, hubieron de detenerse á la puerta un jóven de unos veinte y cinco años, de rostro inteligente y de figura simpática, que llevaba del brazo una jóven hechicera, vestida sencillamente, pero con elegancia y distincion. Se detenían porque los billetes que traían no eran de recibo; les habia engañado á la puerta un revendedor.

La jóven que palpitaba de júbilo con la perspectiva de la fiesta se quedó cortada; dos lágrimas brillantes asomaron á sus párpados...

Por casualidad M. Reyer se encontraba allí, y viendo marchar á los dos jóvenes sumergidos en la tristeza mas profunda quiso evitarles aquella pesadumbre.

— Caballero, dijo llegándose al jóven que estaba ya en la plazuela del teatro, he sido testigo de la contrariedad que han tenido Vds., y quiero remediarla.

La jóven clavó en el compositor una mirada resplandeciente.

— ¿Y cómo, caballero? preguntó el jóven.

— Haciendo entrar á Vds. en el teatro.

— Dicen que no hay un puesto vacío.

— Es verdad; pero llevaré á Vds. al palco de Teófilo Gauthier, el autor del argumento de *Sacountala*.

— ¿Y se puede saber quién es Vd.?

— Yo soy el autor de la música.

Júzguese cuál seria el gozo de entrambos: entrar en la Opera ya era mucho; pero entrar en el palco de los autores del baile, hablar con esos seres que causan la admiracion del vulgo, esto era mucho mas de lo que podían haber soñado.

El compositor los instaló en el palco y conversó largamente con ellos. El jóven contó en dos palabras su historia: su compañera es hermana suya; pertenecen á una familia noble pero muy pobre de la Bretaña, y han venido á Paris que ofrece mas recursos. La jóven trabaja con su madre en labores de costura; el hermano quiere dedicarse á la literatura dramática; pero ¿cómo hacerlo? Por el pronto es dependiente en una tienda de novedades y pasa las noches trabajando; ya tiene concluido un libreto de ópera cómica.

— Enviémele Vd., le dice Reyer.

Y le da las señas de su casa.

Al otro dia muy temprano el manuscrito se halla en poder del compositor, que interesado por aquellos jóvenes le lee inmediatamente.

La obra le parece aceptable: la fábula es nueva, las situaciones intrincadas, el desenlace natural, los versos fáciles y armoniosos. Despues de oído el consejo de Teófilo Gauthier, el compositor escribe al dependiente de la tienda una carta que solo contenia estas dos líneas:

«Mi querido amigo: Su pieza de Vd. es muy bonita: mil gracias. Voy á ponerla en música. — E. REYER.»

Y hé aquí cómo la casualidad nos dará á conocer en breve un nuevo poeta.

MARIANO URRABIETA.

FILOSOFIA.

DEL DERECHO.

I.

Introduccion. — Importancia del estudio del Derecho. — Época religiosa. — Época filosófica. — Escuela idealista. — Utopías. — Códigos. — Escuela sensualista. — Jurisconsultos. — Economistas.

Seria ocioso, y sobre ocioso imposible, referir todas las acepciones que tiene la palabra Derecho: nosotros la emplearemos para designar una ciencia especial, cuyo contenido es el desenvolvimiento histórico de la *justicia*; esta nocion es la categoría, razon ó exponente de una serie que tiene por objeto determinarla ó definirla, dándola á conocer como idea absoluta, ó simplemente y con mas propiedad como *idea*.

Siendo el objeto de la ciencia determinar la noción, sería absurdo dar principio á su estudio por su definición, porque esto equivaldría á empezar la serie por su casacion ó formula general, cosa que es todavía imposible, supuesto que las ciencias, que tienen por objeto el conocimiento de los fenómenos antropológicos y sociales, están en su período de formación; apenas si poseemos otra cosa mas que un número mayor ó menor de observaciones y el método que ha de servirnos para sistematizarlas.

El Derecho ha sido objeto constante de estudio en todas las naciones y épocas; á veces formando parte de las religiones positivas, su conocimiento y aplicación era uno de tantos privilegios del sacerdocio, que absorbía en la primera época de la civilización toda la vida social; en tiempos posteriores, los magnates, las razas guerreras, los *patres*, como se denominaban en la antigua Roma, eran los encargados de su estudio y los que tenían únicamente la misión de interpretar y realizar sus prescripciones; por último, después de graves acontecimientos y á costa de numerosas revoluciones, el Derecho ha llegado á ser patrimonio de todos los hombres; la exposición de estos fenómenos sociales, dignos del mayor interés, nos dará á conocer la marcha dialéctica de la idea de *justicia*, y tendrá en el curso de este escrito la extensión que requiere su importancia, circunscribiéndonos, sin embargo, al límite que nos hemos propuesto.

La religión ha santificado siempre el Derecho, señalando como el primero y mas alto atributo de la divinidad la *justicia*, que en Dios es absoluta como su esencia, y al crear el universo la dejó encarnada en su obra para que pudiera reconocerse la naturaleza del artífice: en el mundo físico se cumple necesaria y fatalmente, porque toda la creación obedece á sus leyes de una manera conveniente, sin que sea dado apartarse de ellas á ningún ser: pero al llegar al hombre, obra maestra y resumen de la creación, la ley se realiza de un modo no ya distinto, sino opuesto: los caracteres propios de la especie racional son la libertad y la razón: en virtud de esta cualidad nos elevamos al conocimiento de las cosas, y por medio de aquella cumplimos la ley; pero de una manera espontánea, por caminos diferentes y valiéndonos de todos aquellos medios que están debajo de nuestro poder.

La humanidad en su período religioso, absorbida en la contemplación de la sustancia, no discurre, imagina; y se explica los fenómenos por medio de comparaciones y analogías creando fábulas, *mithos* ó símbolos que representan como en compendio todos los problemas científicos y sus soluciones: estas leyendas, apoyadas en la tradición, tienen un carácter de verdad tal, que rechazan toda demostración, porque los hombres suponen haberlas recibido directa é inmediatamente de Dios. Las fábulas se proponen dos objetos principales: primero, dar noticia del universo y de su creación; y segundo, fijar las reglas invariables que deben seguir en su vida los individuos y las asociaciones; pero como el hombre es por naturaleza libre, y así lo han reconocido, si quiera no sea mas que implícitamente, todas las religiones, podía violar los preceptos impuestos por la divinidad á pesar de que, una inclinación natural que revela la bondad del Creador le induce siempre al cumplimiento de la ley, al bien; y para el caso de inobservancia, en todas las creencias se señala la sanción de las penas, acerca de cuya naturaleza y circunstancias reina en las diversas mitologías una variedad extraordinaria; de todo lo dicho se deduce que en el primer período de la humanidad, el Derecho, como toda la ciencia, era divino, y esto, porque la idea de *sustancia* que en él dominaba hacia concebir á Dios, como el gran *Pan*, como la esencia universal en que existía todo: por eso los depositarios de la doctrina, los que conocían el dogma revelado por el *Ser*, eran los que conocían y aplicaban la *justicia*, á todas las órdenes de las relaciones humanas.

Lo mismo que en el individuo, en el ser colectivo que se llama humanidad acontece, que después del momento de muda contemplación y de recogimiento, que se sigue á la primera percepción del objeto, en el que todo aparece indiferenciado y confuso y dando solo ocasión á que se forme una imagen ó noción incompleta del conjunto, la reflexión se apodera de la cosa que ha herido nuestra sensibilidad, y empieza á analizar detenidamente el fenómeno psicológico que á su observación se presenta: la relación que percibe entre los objetos exteriores y su individualidad le conduce desde luego á la noción de causa concibiendo la sensación, el fenómeno antropológico como el efecto producido por las cosas exteriores; la idea de causalidad, cuyo origen no puede menos de ser puramente empírico, aunque sea en la razón contemporánea del primer hecho de conciencia, pero nunca anterior á él, es el punto de partida de la reflexión y el carácter distintivo del segundo período de la vida de la humanidad que podemos llamar época filosófica: tan cierto es esto que en todas las definiciones de la filosofía entra como miembro principal, como calificativo propio de esta ciencia, la noción de causa: unos han dicho que tiene por objeto los principios, y otros el llegar al porqué de todas las cosas.

La filosofía es hija natural de la religión, porque reconoce como origen un momento posterior del espíritu: la reflexión, que tiene por fin verificar, determinar las percepciones vagas del sentimiento, así como la filosofía se propone por objeto primordial definir dos *mithos*, elevar á ideas las nociones religiosas. La generación de las manifestaciones humanas que hemos deducido de una observación psicológica, encuentra su

demostración experimental en la historia; en efecto, en la India á los libros de los Vedas sucede la filosofía Vedanta; en Grecia á las fábulas y cantos de los poetas, las elecciones de sus infinitos filósofos y la creación de sus numerosas escuelas; al cristianismo los neo-platónicos y los escolásticos, pero la filosofía que en un principio se presenta como humilde esclava de las religiones, se rebela al cabo contra ellas. Y en el Oriente llega á producir á Kapila; en la Grecia á Sócrates y en los tiempos medios y modernos el número inmenso de heresiarcas y ateos de que nos da noticias la historia.

La filosofía no se contenta solo con llegar hasta la negación de los dogmas, que al principio solo pretendía explicar, sino que va sacando poco á poco del dominio de la religión todos los ramos del conocimiento humano que en ella estaban antes comprendidos, dejándola primero reducida á la cosmología y á la Teodisea y apoderándose luego de estas dos ciencias; porque guiada por la noción de causa, conoce que todo el saber se reduce al cabo á comprender la primera potencia absoluta (Dios) y los efectos producidos por ella (la creación).

El Derecho, objeto en su origen de los dogmas, comienza á humanizarse y pasa al dominio de los pensadores; las relaciones sociales establecidas por la religión son apoyadas y explicadas por la razón; así es que en su principio la filosofía ha defendido con la fuerza de sus sofismas todos los absurdos é injusticias, que en orden al Derecho habia puesto en práctica la religión; en la India prestó su apoyo á la división de castas, en Roma y Grecia á la esclavitud, en la edad media al feudalismo, y hoy se empeña en demostrar la necesidad absoluta y eterna del proletariado.

Cuando las ciencias no se habian aun constituido, sino que sus problemas eran objeto de los dogmas ó de la sofística, esta última nada hizo de positivo y real que contribuyese á los adelantos sociales; su poder fué siempre de destrucción, de duda, de negación; la idea superior que abarcaba y resolvía las contradicciones anteriores, se presentaba siempre en su forma religiosa como sentimiento ó noción indeterminada y vaga: á la división de castas, á la unidad petrificante de la India, sucede el politeísmo y la libertad de la Grecia, la esclavitud, defendida por Aristóteles como un hecho que nacia de la naturaleza misma de la humanidad, es destruida por el cristianismo que revela la igualdad de los hombres y predica la caridad.

En efecto, los sistemas filosóficos con ser tan numerosos no han podido nunca oponer una idea á otra idea, porque guiados por la noción de causa, que se presenta como un postulado necesario de la razón, pero que es inaccesible á ella, proceden al conocimiento de las cosas ó bien partiendo de ciertos principios generales é indemostrables por las antiguas dialécticas y que llaman á axiomas; ó bien pretenden elevarse de la observación arbitraria y empírica de los hechos á esas verdades absolutas siguiendo un orden de generación causal; en el primer caso, los principios que sirven de base á los razonamientos y á las ciencias se toman de la religión; son las ideas que la dominan en la época en que nace el sistema, ó los puntos de vista subjetivos bajo los que examina el entendimiento los fenómenos que se ofrecen á su contemplación; es claro que de esta manera los sistemas solo son poderosos á sacar todas las consecuencias contenidas en esos principios ó puntos de vista generales, y como cada sistema no abarca ni puede abarcar mas que uno solo, que es siempre contradictorio de los demás, sus resultados tienen que ser fraccionarios é incompletos; es mas, cada principio ó idea se desarrolla en dos series de consecuencia; la una positiva, que es la que exponen los autores de los sistemas; la otra negativa, que reduce el principio sentado al absurdo, ó conduce á su negación, y que se encargan de desarrollar los inventores de sistemas contrarios á los que, guiados por un espíritu mas cauteloso y prudente, se encastillan en una *duda* absoluta; este es el mecanismo general, la marcha ordinaria de las escuelas idealistas que por su misma índole tienen que proceder de un modo puramente deductivo. Los sensualistas proceden de una manera inversa, y por lo mismo sujeta á análogos inconvenientes; pretenden inducir de los hechos su causa por medio de la generalización; pero como no van guiados por un principio superior ni conocen el verdadero método, su tarea es imposible; los hechos ó fenómenos son unidades distintas, que no ofrecen entre sí vínculo alguno de unión; el método inductivo no hubiera nunca ofrecido resultados de interés si no le hubieran servido de bases de clasificación las ideas generales aceptadas por la razón como verdades de una manera instintiva, en aquellas épocas en que su demostración era imposible. Dedúcese de lo dicho que la filosofía no ha hecho mas que afirmar los principios sentados por la religión sacando sus consecuencias positivas, y elevándose experimentalmente hasta ellos viéndolos encarnados, realizados en los hechos, ó negarlos desprendiendo sus resultados negativos, y examinando los absurdos que se notan en las instituciones á que dan origen.

Sería obra tan larga como interesante examinar todas las manifestaciones humanas bajo el punto de vista y con el criterio de que venimos haciendo uso; pero la índole de este trabajo no lo consiente; por lo que, limitándonos á la especialidad del Derecho, expondremos brevisamente el influjo que el período filosófico ha ejercido en el desarrollo de sus instituciones y mas particularmente en su estudio.

Dos métodos diametralmente opuestos, aunque naci-

dos de un mismo origen, se han seguido en él, partiendo de un punto de vista puramente subjetivo, y guiados por la noción de causa, la mayor parte de los filósofos han pretendido deducir *á priori* de la idea de *justicia* los principios capitales, las reglas generales á que debieran sujetarse las relaciones humanas para cumplir con esa condición, con esa tendencia del hombre y de la sociedad, con ese *algo* indeterminado y vago que sin ser una *realidad* está en la conciencia de todos y que se denomina *justicia*; pero este método no podía dar nunca verdaderos resultados; para ello sería indispensable que la esencia, que la naturaleza de la idea nos fuera completamente conocida; solo así podríamos, *á priori*, determinar todas sus manifestaciones como podemos hallar todos los términos de una progresión, dada su razón y conocido el primero: mas como al principio dejamos sentado, el trabajo que en la ciencia del derecho y lo mismo en todos los ramos de la *sociología* tenemos que hacer, consiste en definir la idea, la razón de sus diferentes series, porque no es invariable como la que gobierna y preside á las que forma la *cantidad*, sino que sigue un orden de desenvolvimiento regular; es decir, que la razón está tan encarnada en los términos, que no puede separarse de ellos y sigue su misma evolución, por lo que el conocimiento puro ó absoluto de esta idea, razón ó categoría, su definición en fin, no puede obtenerse sin el de todas las realizaciones á que puede dar lugar: de aquí se deduce que las ciencias sociales son tan imposibles de construir *á priori* como las naturales, teniendo que seguir en su estudio paso á paso los resultados de la experiencia.

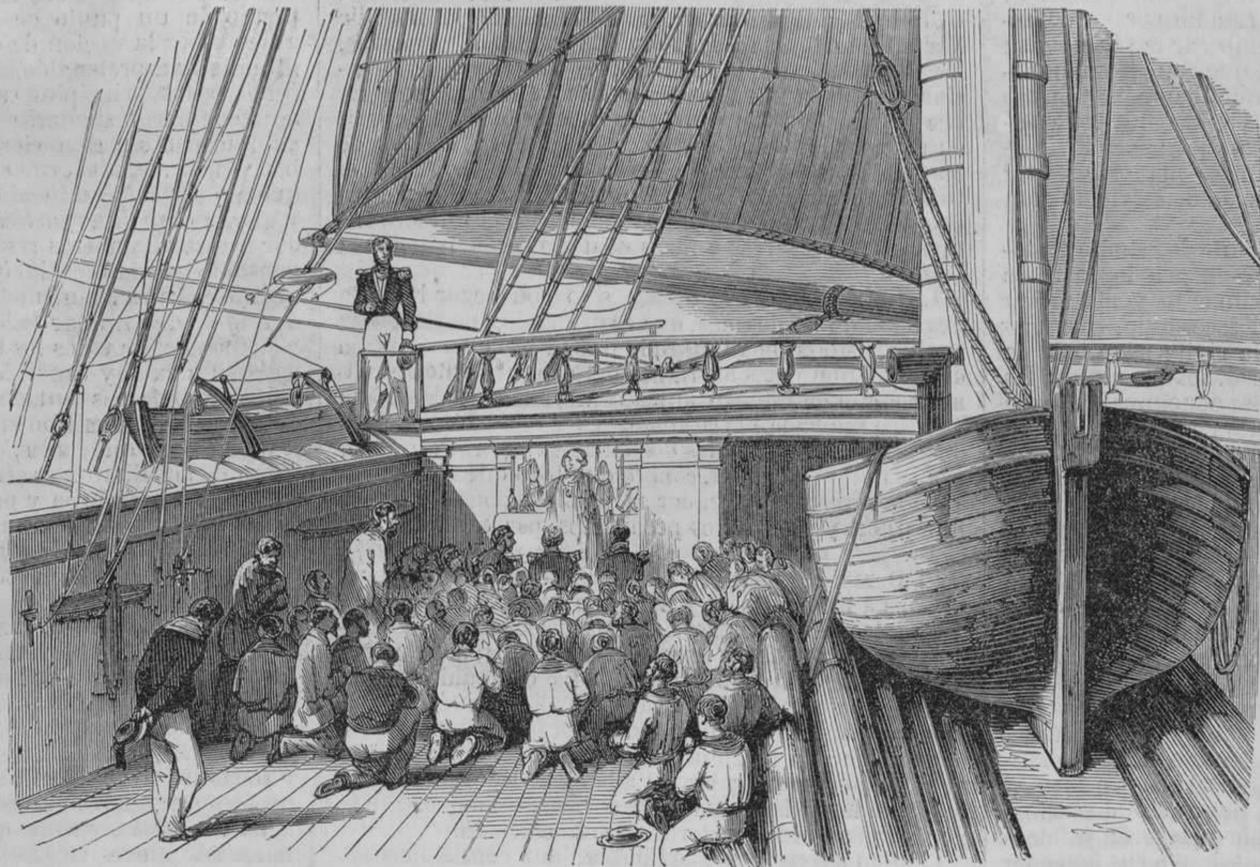
Todas las creaciones filosóficas que han producido los grandes pensadores valiéndose de este medio, son verdaderas utopías, y como que en realidad la razón humana no puede dar los elementos del conocimiento cuyo carácter es la objetividad, sino solamente su forma, esas obras son edificios levantados con los materiales que ofrece la sociedad y ordenados con arreglo á planes arbitrarios, resultando verdaderos monstruos en vez de construcciones regulares y artísticas; la república de Platón y la Icaria de Cabet son buenos ejemplos de esta verdad; una ventaja sin embargo y muy importante han producido siempre estos delirios, y consiste en la demostración patente de la insuficiencia de la idea dialéctica dominante en los períodos en que han aparecido; su lógica es invencible cuando se emplea en combatir las instituciones vigentes, porque no hace mas que deducir y poner de manifiesto todas las consecuencias absurdas á que da lugar: pero cuando se trata de sustituir una idea á otra, se nota la impotencia de sus métodos, y sus ponderadas reformas no son mas que delirios de una imaginación calenturienta; esto consiste en que sin comprender que por su naturaleza todo principio se desenvuelve contradictoriamente, al descubrir y poner de manifiesto su lado negativo, se creen autorizados para rechazarlo por completo, y pretenden remediar los males á que da lugar entronizando otro que ninguna relación tiene con el anterior, ó le es antitético; así quieren sustituir á la propiedad el comunismo; al monopolio la libre concurrencia; á la familia en su forma actual, la prostitución sistemática, como la predica Fourier; y esta marcha es tan absurda, cuanto que si hay alguna verdad definitivamente adquirida en lo que dice relación á la historia de la humanidad, es la siguiente: la idea dialéctica de cada período ha de comprender necesariamente los elementos de la que dominó en el anterior, resolviendo y sintetizando sus contradicciones.

El disgusto que naturalmente producen en las inteligencias severas esos delirios, ha dado ocasión á que los hombres prácticos, en vista de tantos y tan contradictorios sistemas, que ningún carácter tienen comun como no sea el de conducir al absurdo, han renunciado en todos tiempos á la investigación de las causas, orígenes ó pretendidos principios del derecho, y se han limitado pura y simplemente al estudio de las instituciones; sentando como única base ó idea general de sus sistemas, que el derecho es lo que la ley establece; no cabe á Bentham la alabanza ó el vituperio de que sea digno este apotegma; ya en Roma se decía: lo que determine el pueblo, lo que resuelva el Senado, lo que le plazca al príncipe; eso es derecho; y aun antes se escribió en las doce tablas lo que mande el padre es derecho; pero esto tiende nada menos que á establecer el reinado de la arbitrariedad, y las consecuencias de tal sistema son tan inmorales como absurdas; inmorales porque no reconociéndose límites al poder, peligran las personalidades y la asociación; absurdas, porque su legitimidad debe provenir del derecho y no al contrario.

Cumple decir en este lugar, ya que en el que le correspondía hicimos mención de los utopistas de todos los tiempos señalando el vicio radical de sus sistemas, que el error que acabamos de demostrar es comun á los economistas y jurisconsultos de todas las épocas, y que la verdad no está por completo ni en unos ni en otros, aunque las sendas que siguen, si bien distintas y aun opuestas conducen á su descubrimiento: además otro carácter distintivo de las escuelas sensualistas, que se hace mas perceptible cuando sus principios y su método se aplican á las ciencias morales, consiste en considerar como definitivos los hechos actuales, negando así el progreso que es la ley suprema de la humanidad, y que es debido á la fuerza dialéctica de la idea, que se traduce en nuevas y mas perfectas realizaciones; esta negación, que parece absurda porque la historia nos suministra una prueba experimental de su imprudencia, es sin embargo resultado natural del sistema, por-

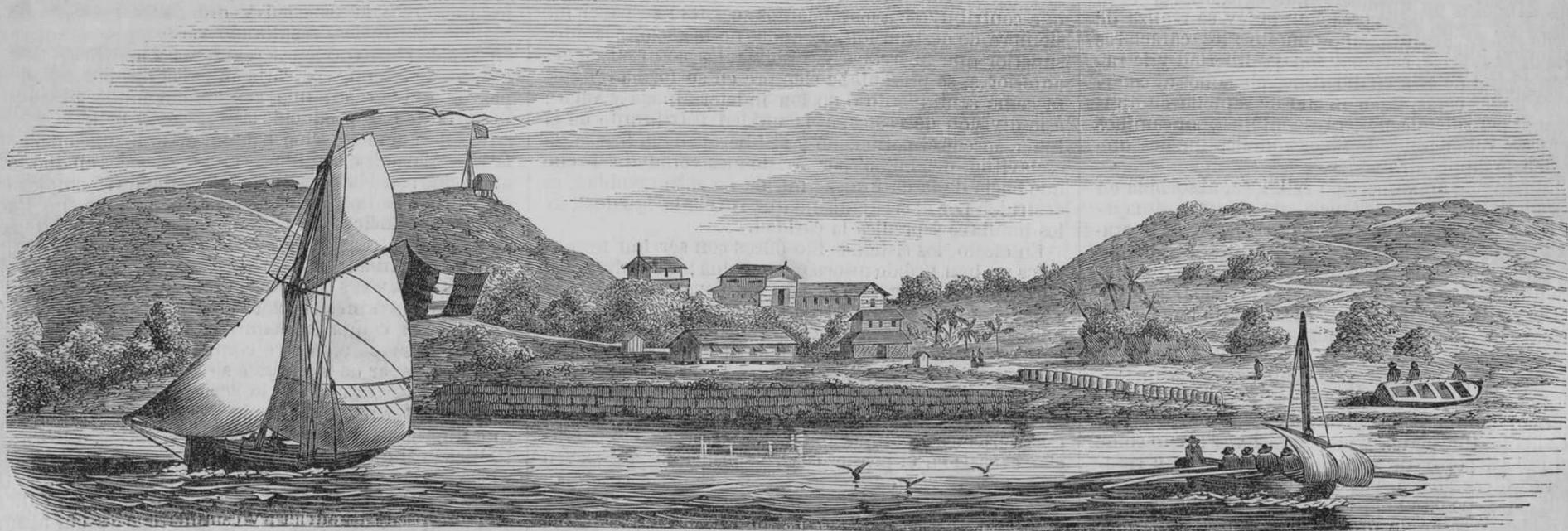
que considerando los diferentes hechos como unidades independientes, claro es que ninguna relacion de orden puede ligarlos, y la institucion que hoy rige, existiendo por sí, ni reconoce antecedentes, ni dará lugar á otra posterior que sea su perfeccion y complemento.

Tal vez sería este lugar á propósito para criticar las dos escuelas que dominan actualmente en la ciencia del derecho; pero nuestro trabajo sería excusado, puesto que habría solo de reducirse á una aplicacion, que es por cierto muy fácil, de los principios antes sentados: la escuela que se llama histórica, á que debe la ciencia inmensos beneficios, porque sus partidarios han empleado con un trabajo y una constancia inaudita en recoger todos los datos que han de formar la materia de esta magnífica série, se refiere y es hija legítima del sensualismo, adoleciendo por tanto de sus mismos defectos, y teniendo su carácter fraccionario: los partidarios de las codifica-



LA MISA CELEBRADA Á BORDO DE LA FORTUNA, DELANTE DE LA TRIPULACION Y DE LOS TRANSPORTADOS.

ciones, la escuela filosófica, que es idealista, trata de deducir de sus principios absolutos, prescindiendo de los antecedentes y de los hechos, las reglas á que han de ajustarse las relaciones humanas; no estará por demás decir que estos sistemas no se han practicado ni desmenuado jamás con el carácter absoluto que nosotros les hemos asignado; los hábitos, las costumbres y mas que todo una necesidad que procede de la naturaleza misma de las cosas, ha hecho siempre que un sistema se mezcle mas ó menos con el opuesto, y que el eclecticismo, profesado como una doctrina en los tiempos modernos, haya existido siempre en las ciencias, anunciando, no su predominio futuro, porque los absurdos no predominan nunca, y el sincretismo mas ó menos racional está ya definitivamente calificado de tal; sino el advenimiento del verdadero método, el descubrimiento de una nueva dialéctica.



LA ISLA REAL, VISTA TOMADA DE LA RADA.

Hemos dicho descubrimiento y no creacion, porque la lógica moderna, como todo hecho humano, ha existido desde los primeros tiempos; en su virtud se han verificado los grandes adelantamientos que se notan en las ciencias en ciertas épocas de la historia, pero su uso ha sido instintivo y por lo tanto irregular, dando ocasion á las veces á notables progresos y á las veces á lamentables errores: hoy la reflexion se dedica á su conocimiento, se investigan sus leyes, se constituye en fin como ciencia especial y la mas importante, porque todas sacan la certidumbre metafísica de la buena aplicacion de sus principios; por lo tanto haremos antes de pasar adelante una breve exposicion de esta teoría, supuesto que sin ella no podemos dar un paso en nuestro camino; y como quiera que ya nos hemos extendido mas de lo que permite la índole de esta clase de escritos, ese trabajo será objeto de artículo inmediato.

A. M. FABIE.

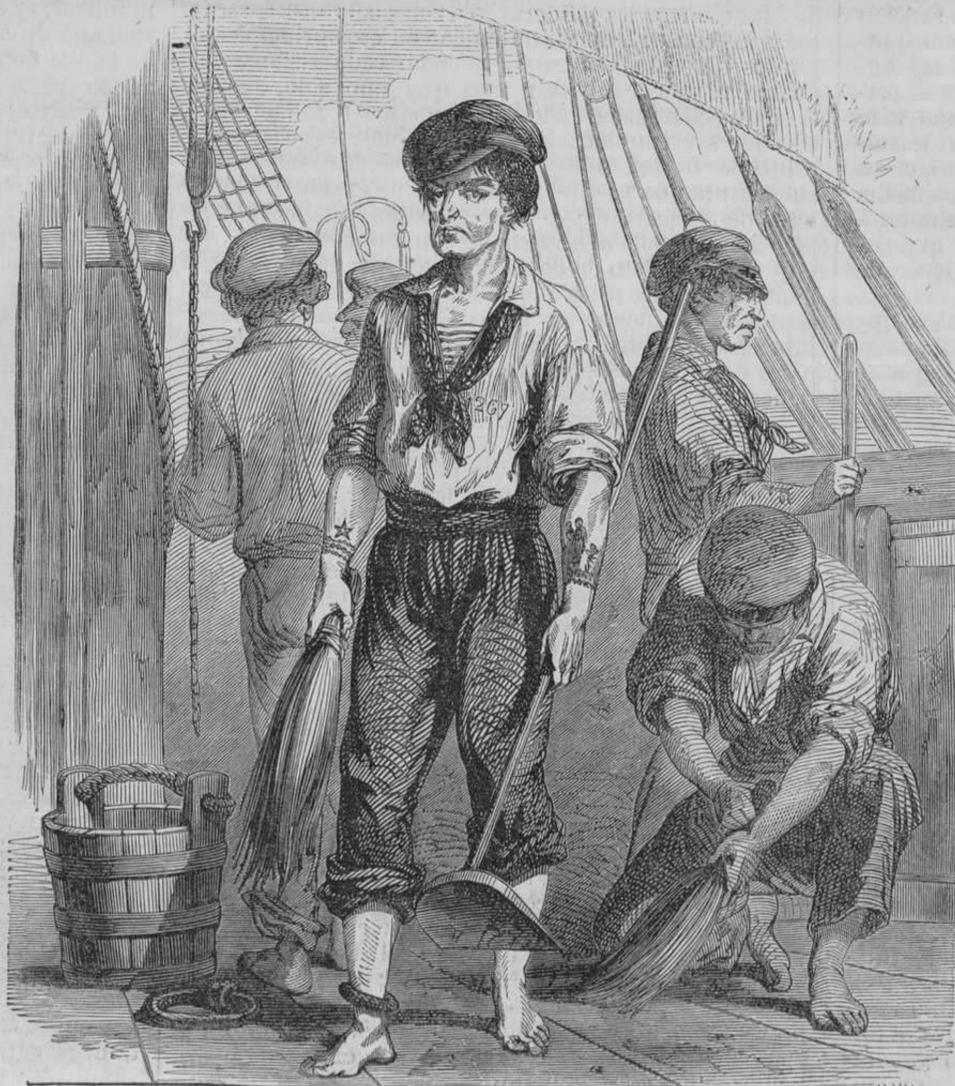
Los presidiarios en Francia.

(Véanse los núm. 287, 289, 290 y 291.)

LAS ISLAS DEL *Salut* (GUYANA FRANCESA).

El *Monitor* publicó en agosto de 1853 el resumen de un parte del gobernador de la Guyana francesa sobre la situacion de los establecimientos penitenciarios. Cumple á nuestro asunto trasladar á continuacion este interesante resumen, acompañándole de seis dibujos que nos permitirán completar á nuestra manera los detalles de una experiencia muy contestada en Francia bajo el doble punto de vista de la humanidad y de la eficacia de los resultados.

Hé aquí el extracto del *Monitor*.



PRESIDIARIOS TRANSPORTADOS LIMPIANDO LA CUBIERTA DE LA FORTUNA.

«En las islas del *Salut* se han ejecutado trabajos considerables; los caminos mal trazados y apenas bosquejados, se rectificaron y se pusieron en ellos calzadas de macadam; las calles del campo de la isla Real están magníficas.

El cuartel de la guarnicion, los almacenes y los talleres se pusieron en buen estado, y se proyectan engrandecimientos y otras mejoras de reconocida utilidad.

Una huerta muy grande suministra legumbres al hospital.

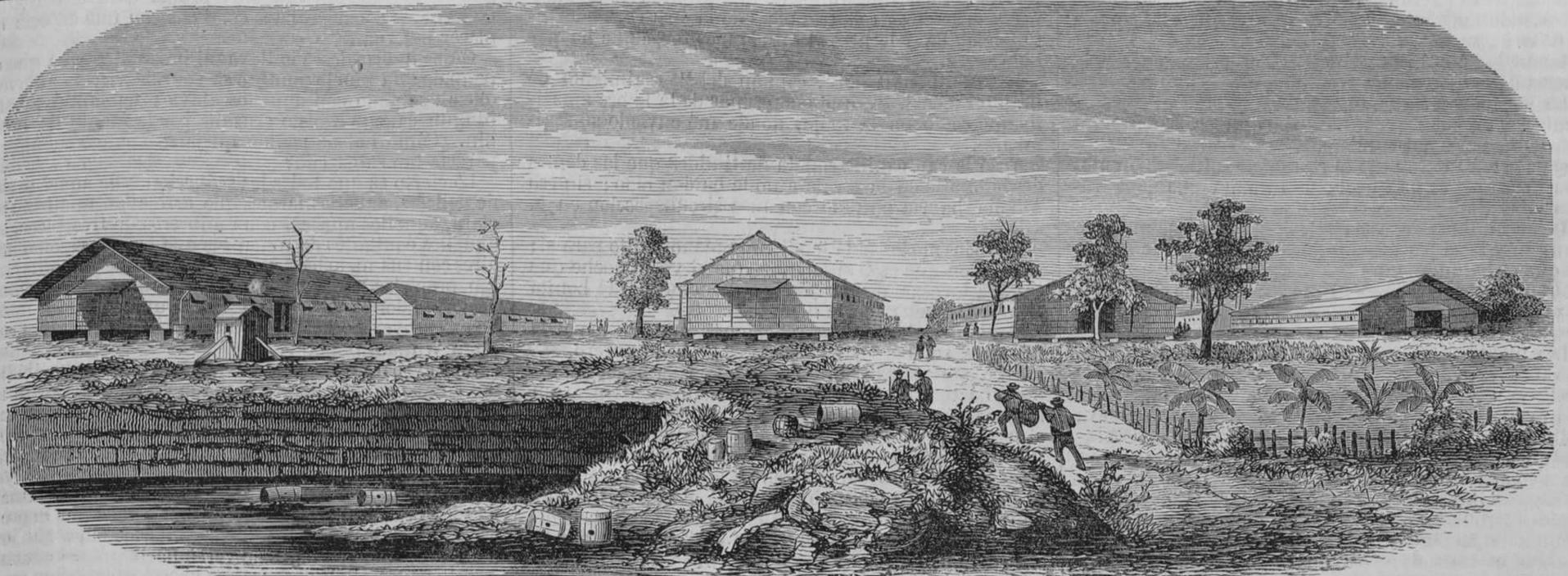
Tambien se disponen plantios de cafetales que segun se cree producirán buenos resultados.

Hasta ahora no habia existido en la isla Real mas que una cárcel estrecha donde los presos se encontraban amontonados. En virtud de las órdenes del gobernador, se organiza un medio de represion mas eficaz, y se trata de emplear á los mismos presidiarios en la construccion de sus alojamientos. El sitio que se ha elegido para esto se halla á proximidad del cuartel del Este.

El estado sanitario de las islas es bueno. Sin embargo, quedaban en el hospital mas de cien hombres llegados de Francia, ya muy cansados por el peso de los años ó por la existencia del presidio.

En la isla de San José el muelle está terminado, y el lugar del depósito del carbon ha quedado limpio. Se han efectuado algunas obras para conservar las fuentes y manantiales, y se ha abierto un camino que conduce del establecimiento á la huerta y á la playa de arena de la isla.

En el islote la Madre han sido atacados de calenturas en los últimos dias algunos hombres, pero su estado no se presenta alarmante. En la prevision de la próxima llegada del *Allier*, el gobernador contaba depositar momentáneamente en San José á los cien condenados políticos que forma-



LA MESETA DE LA ISLA REAL.

ban parte del convoy. El teniente de artillería Daru nombrado hace poco comandante particular de la Montaña de Plata, había llegado á su puesto hacia doce dias; en su primera correspondencia daba á entender que se proponia activar las obras de ese establecimiento dándoles un impulso inteligente.

A fines de junio debian enviarse cien nuevos deportados de la isla Real.

La cosecha del café estaba hecha; el producto habia sido escaso, pero con cuidados mejor comprendidos no hay duda que se aumentarán sensiblemente. La fabricacion de la yuca estaba para comenzar. Ya una primera hornada de ladrillos habia salido perfectamente, y se tenia la certidumbre de poder suministrar este artículo á los establecimientos superiores del Oyapock.

En San Jorge sobre el Oyapock, los trabajos, á pesar de muchas contrariedades imprevistas, se proseguian con actividad. El número de deportados ascendia á 88, y á principios de julio el gobernador debia llevar 50 nuevos trabajadores.

« Es preciso, dice el gobernador que las construcciones marchen rápidamente, á fin de que en el mes de agosto podamos suspenderlas en parte ó abandonarlas, para preparar el incendio que debe limpiar el terreno y que ha de tener lugar en setiembre. Cuento con que en esa época el efectivo de San Jorge llegará á 300.»

La situacion de los penitenciarios presentaba en 15 de junio los efectivos siguientes:

Islas del Salut 1,260

Id. de la Madre.	372
Montaña de Plata.	259
San Jorge.	88
Cayena y sus arrabales.	112
TOTAL.	2,091

y Marinier, el primero voluntario, y el segundo cirujano de tercera clase á bordo de la *Fortuna*.

La isla Real se compone de dos partes muy distintas: la meseta que se ve á la derecha de la rada y la meseta opuesta á la izquierda, ambas muy elevadas y divididas por un hundimiento muy sensible del terreno en el sitio menos ancho de la isla.

Las habitaciones que se hallan entre las dos mesetas son del comandante de la isla y de los oficiales del cuerpo de sanidad; está ahí tambien el cuartel provisional, y por último, en primer término se ve la construcción que sirve de alojamiento á los oficiales de la infantería de marina y á los empleados en la administración. Se descubre igualmente la despensa vista por detrás, y cerca del cuadro la escala del desembarcadero, y el cuartel del hospital provisional con todas sus dependencias.

Al noroeste del receptáculo se halla la meseta que representa el cuarto dibujo, sacado del lugar donde la vista abraza todo el conjunto, es decir, del extremo N. E. del receptáculo.

La calle que se encuentra á la extremidad izquierda del paisaje es la calle

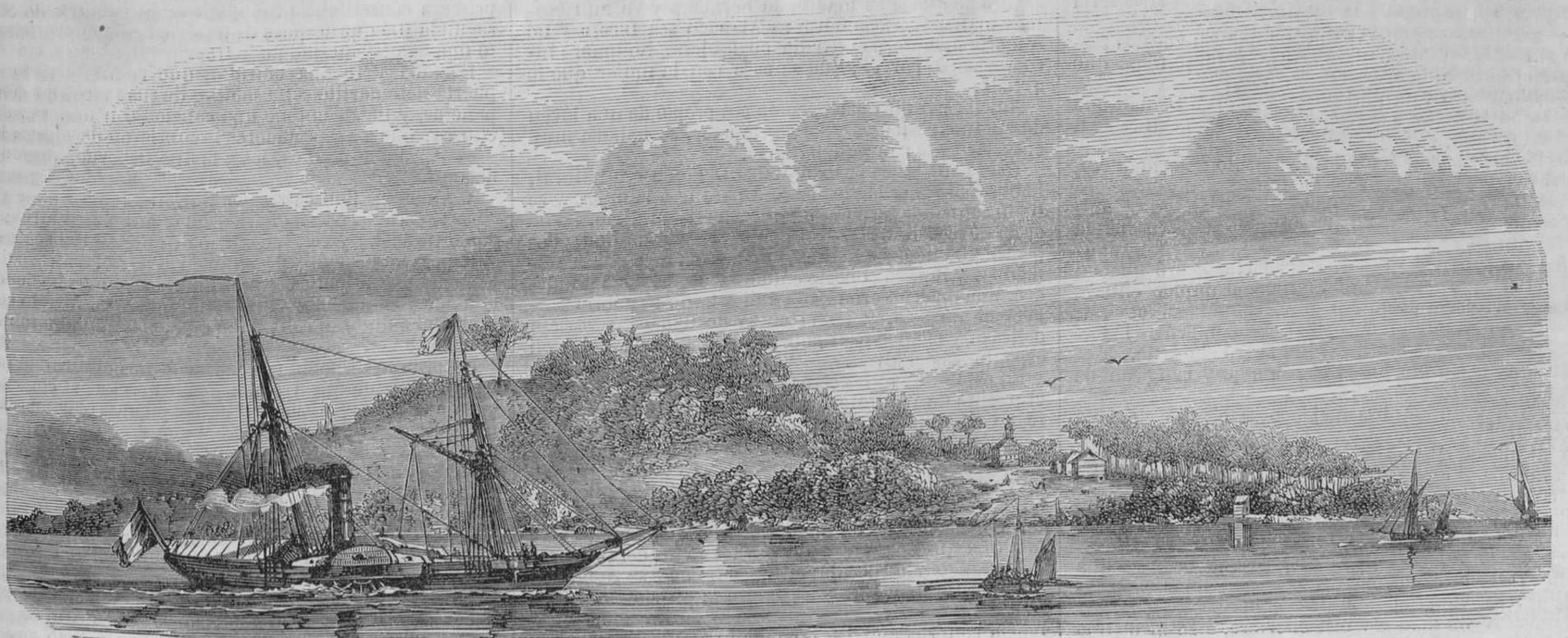
principal, cortada como las paralelas, por la calle de la Cruz. La meseta sigue un plano inclinado hácia el mar, el cual no permite ver, desde el sitio en donde se ha tomado la vista, la prolongacion de esas calles paralelas.

El dibujo siguiente es otra vista de la meseta, es decir, la vertiente Norte de la isla Real, en la parte mas estrecha.



OTRA VISTA DE LA MESETA DE LA ISLA REAL.

Consignando aquí estas satisfacciones y esperanzas del gobierno francés, y sin recordar ni las objeciones antiguas ni las observaciones recientes sobre la mortandad ocurrida en los establecimientos, pasaremos en seguida á la explicacion de los dibujos que fueron traídos por el abate Cadoret, capellan de los buques el *Alhier* y la *Fortuna*, dibujos debidos á los señores Rosier



LA ISLA DE SAN JOSÉ.

A partir del cuartel actual, el terreno baja siguiendo un declive mas largo y suave que el que corre hácia la rada.

En ese lado están la tahona, el almacén general, la huerta de la guarnición y algunos otros edificios.

La isla de San José no presenta ningun carácter particular, y en cuanto á los demás dibujos, se explican suficientemente por sí mismos.

Quizá será interesante el resumir aquí las diferentes relaciones que se han hecho tocante al clima de la Guayana.

Dicen algunas de estas relaciones que es un clima húmedo y fatal para los europeos, y en otras se sostiene que es bastante sano y que es el mas suave de las diferentes regiones de los trópicos. Aunque está bajo la zona tórrida, el calor del día se templó con las brisas frescas que soplan continuamente del mar.

Las nieblas que suceden por lo común á las brisas, hacen las noches frias, húmedas y malsanas, dicen los detractores. Hay dos estaciones secas y dos estaciones de lluvia. El termómetro á la orilla del mar se eleva ordinariamente de 18 á 23 y aun á 28 grados. Desgraciadamente durante seis meses del año por lo menos esa comarca se encuentra anegada por un diluvio de agua; esas lluvias estropean los lugares elevados, inundan las llanuras, pudren las plantas y suspenden á menudo las labores campestres.

A esta calamidad sucede un largo sequío que abre la tierra y la calcina. La primera estación seca principia en el mes de julio y acaba en el mes de noviembre; la segunda corre de mediados de febrero á mediados de abril.

Durante la estación de las lluvias la isla presenta el espectáculo mas curioso; los peces, los cocodrilos y las aves acuáticas se esparcen por todas partes; los cuadrúpedos tienen que refugiarse en las copas de los árboles; al lado de los monos que saltan y se cuelgan de las ramas, corren los grandes lagartos que han tenido que salir de sus agujeros.

Con ellos las aves palmípedas que por su configuración parecen destinadas á vivir sobre la tierra ó en el agua, se lanzan sobre los árboles huyendo de los cocodrilos y las serpientes que juegan en el agua ó se revuelcan en el fango.

El indio que recorre ese nuevo caos no halla un rincón de tierra en donde descansar; cuelga su hamaca de las ramas mas altas de los árboles, y duerme tranquilamente en ese lecho aéreo que el viento columpia sobre las ondas.

No hay para qué advertir que los establecimientos de los europeos se hallan al abrigo de esas calamidades; este cuadro no tiene nada de comun con lo que la previsión de los pueblos civilizados ha fundado en su beneficio en esas comarcas.

Sin embargo, los nombres de Cayena y de Sinamari han dejado en la memoria muchos rasgos que no pueden borrarse. Estos nombres tristemente unidos á la historia de las discordias civiles de la Francia y marcados con un sello fúnebre, ponen al gobierno en la necesidad de vigilar cuidadosamente los nuevos establecimientos que ha fundado.

LA FERIA DE LAS VANIDADES.

POR W. THACKERAY.

(Continuación).

— Sí, cayó todo sobre el vestido de seda de mistress Flamingo, dijo la buena dama; ¡qué torpe! pues sus hermanas no son mucho mas graciosas. He visto anoche á lady Dobbin con tres de ellas en Highbury, y estaban bonitas por cierto.

— Parece que el alderman es muy rico, dijo Osborne maliciosamente; ¿no creéis que una de sus hijas seria un buen partido para mí?

— ¿Estáis loco? ¿quién os ha de amar con vuestro rostro amarillo? Y luego el alderman Dobbin tiene que repartir su fortuna entre catorce hijos.

— ¡Yo, rostro amarillo! Pues ya vereis á Dobbin que ha tenido la fiebre amarilla tres veces, una en Nassau y otra en Sankitts.

— Está bien; sois demasiado amarillo para nosotros, ¿no es verdad, Emmy? dijo mistress Sedley.

Amelia respondió con una sonrisa, y se sonrojó mirando detenidamente la pálida é interesante fisonomía de Jorge Osborne y sus hermosos bigotes negros, aguzados y relucientes. En su corazoncito pensó que en todo el ejército de S. M., y aun en el mundo entero, no se podía ver una cara de héroe como la suya.

— Poco me cuido, repuso, de la fisonomía ó de la torpeza del capitán Dobbin, pero le tengo simpatía.

Le quería porque habia sido amigo y campeón de Jorge.

— No hay un hombre mejor para el servicio, dijo Osborne.

Y al mismo tiempo, y con la mayor sencillez, echó una mirada al espejo donde encontró los ojos de miss Sharp que estaban fijos en él; se sonrojó algun tanto y Rebeca pensó para sus adentros: «Guapo mozo, creo que estás en mis redes.» ¡Adorable coqueta!

Por la tarde, cuando Amelia vestida de muselina blanca llegó al salón, muy engalada para hacer conquistas en el Vauxhall y fresca como una rosa, un caballero alto con manos y piés enormes, alzó al distinguirla su cabeza guarnecida de cabellos negros y cortos.

Llevaba el horrible uniforme militar cubierto de galones y el sombrero de tres picos de la época; se adelantó hácia ella y la hizo el saludo mas torpe que ha podido verse.

Era William Dobbin, capitán del *** regimiento de infantería de S. M., que pudo sanar de la fiebre amarilla que cogió en la India, donde fué enviado su regimiento.

Tocó la campanilla con tanta timidez que las damas desde lo alto de la escalera no le habian oído; sin eso Amelia habria entrado con mas circunspeccion en la sala.

De todos modos él la tendió una mano y dijo para sí: — ¿Con que es esta la niña que ví yo la noche que tuve la torpeza de derramar el ponche? ¡Qué bonita criatura! Buena suerte tiene Osborne.

Y mientras hacia estas reflexiones antes de tomar la mano de Amelia dejaba caer al suelo su sombrero.

Su historia desde su salida de la escuela hasta el momento actual ha sido indicada suficientemente para un lector penetrante en la conversacion anterior. Dobbin, el tendero despreciado, habia llegado á ser el alderman Dobbin, y este se convirtió en coronel de la Cité, lleno de ardor guerrero para resistir á la invasion francesa. El cuerpo del coronel Dobbin, donde el viejo M. Osborne tenia un grado muy subalterno, habia sido revistado por el soberano y el duque de York. El coronel y el alderman habia sido hecho caballero; su hijo habia entrado en el ejército, y el jóven Osborne servia con él en el mismo cuerpo. Este regimiento despues de haber estado en las Indias occidentales y en el Canadá, acababa de regresar á su patria; la amistad entre Dobbin y Jorge se habia conservado tan ardiente y tan generosa como cuando eran compañeros de colegio.

Todos los jóvenes se sentaron á la mesa para comer. Se habló de gloria y de Boney, de lord Wellington y de las noticias del día. En aquella época famosa, la *Gaceta* señalaba cada día una victoria, y entrambos jóvenes habrian deseado ver sus nombres en aquella lista de beneméritos.

Esta conversacion exaltó el entusiasmo de miss Sharp; pero miss Sedley temblaba y palidecia oyendo hablar así. José contó muchas historias de cacerías de tigres y ofreció á miss Sharp de todo cuanto sacaron á la mesa. Por fin llegó la hora de marchar al Vauxhall.

VI.

EL VAUXHALL.

El tono que he empleado para contar esta historia ha sido pacífico hasta ahora (al fin llegamos á los capitulos terribles), y debo suplicar al amable lector que recuerde que todavía no hemos tratado mas que de la familia de un agente de cambio en Russell-Square, donde cada cual se pasea, almuerza, come, habla y hace el amor como en la vida ordinaria, sin que ningun suceso maravilloso ó apasionado señale los progresos de ese amor. Nuestro argumento puede resumirse de este modo: Osborne ama á Amalia, y ha convidado á uno de sus amigos para que coma con ellos y los acompañe al Vauxhall; José Sedley ama á Rebeca. ¿Se casará con ella? Esto es lo que nos falta que decir.

No se quedará en el tintero. — Por el pronto seguiremos el coche que lleva á todos los amigos de Russell-Square al Vauxhall. José se encuentra muy apretado con miss Sharp en el banquillo delantero, y Osborne va sentado en el fondo entre Dobbin y Amelia.

Todos los que iban en el carruaje se hallaban persuadidos de que aquella noche José propondria á Rebeca la idea del matrimonio. Los padres no se oponian á ello, pero aquí entre nosotros, M. Sedley sentia por su hijo alguna cosa muy parecida al desprecio. Le tenia por un hombre vano, egoísta, torpe y afeminado.

— Le dejaré la mitad de mis bienes, decia, pero estoy seguro de que si su madre, su hermana y yo muriésemos mañana, exclamaria: «Alabado sea Dios,» y no comeria menos que otro día cualquiera. No quiero incomodarme por él; que se case con la mujer que le agrade.

Amelia por otra parte, como era propio de una jóven de su inexperiencia y de su carácter, se hallaba muy entusiasmada con aquella boda.

Todo parecia propicio á Rebeca. Como era natural, habia tomado el brazo de José para ir á la mesa, y se halló sentado á su lado en el coche descubierto. Nadie decia nada sobre el matrimonio, á pesar de que todos pensaban en él; en suma, no faltaba mas que la demanda, y Rebeca conoció entonces lo que vale una madre, una madre tierna que en diez minutos habria zanjado el negocio, y en el curso de una conversacion delicada y confidencial habria provocado la declaracion espontánea del jóven.

En esto estaban las cosas cuando el carruaje atravesó el puente de Westminster, y luego llegó á los jardines reales de Vauxhall. Cuando el majestuoso José se apeó del coche, la muchedumbre recibió su robusta persona con un estremecimiento de alegría. El héroe se sonrojó y miró á la muchedumbre con orgullo, mientras ofrecia su brazo á Rebeca.

Jorge se encargó de Amelia que estaba fresca como una rosa que acaba de abrirse á los rayos del sol.

Y cuando esto sucedia, el buen Dobbin se resignaba á tomar los pañuelos y á pagar á la puerta por todos. Marchaba detrás modestamente sin entrar en competencia con sus amigos. En cuanto á Rebeca y José le importaba poco, y por lo que hace á Amelia se decia

que al fin y al cabo era muy propia para el brillante Osborne, y consideraba á estos dos con una especie de placer paternal.

Quizá habria deseado llevar al brazo otra cosa que el pañuelo; la muchedumbre se sonreia viendo al jóven oficial cargado con aquellos atavíos femeninos, pero ningun cálculo egoísta cruzaba por la mente de Dobbin. ¿Cómo habria podido quejarse cuando su amigo parecia tan satisfecho?

Lo cierto es que todas las seducciones de aquel lugar de delicias, aquellos faroles que arrojaban una luz tan clara, aquellos músicos con sombreros de tres picos, y aquellos cantantes de romanzas que hacian resonar los aires con sus melodías, así como las alamedas solitarias tan propicias para los amantes, y los cuartitos resplandecientes donde se acude á tomar un refrigerio, nada de eso provocaba la menor curiosidad por parte del capitán William Dobbin.

No hay para qué decir que nuestros jóvenes divididos en dos parejas, se prometieron no perderse entre la muchedumbre; pero al cabo de diez minutos ya estaban separados. Las personas se pierden en el Vauxhall, pero siempre se encuentran despues en la cena para contarse sus aventuras.

¿Cuáles fueron las aventuras de Osborne y de Amelia? Esto es un secreto; pero se puede asegurar que su paseo no ofreció nada de extraordinario, pues habian tenido muchas ocasiones de verse hácia quince años.

Pero cuando Rebeca y José se vieron perdidos en una alameda solitaria, donde apenas hallaron algunas parejas errando del mismo modo, conocieron ambos cuán delicado y crítico era aquel momento, y miss Sharp que nunca como entonces debia provocar aquella declaracion que siempre espiraba en los labios tímidos de Sedley.

Habian estado primero en el panorama de Moscou donde un hombre habia aplastado el pié á Rebeca; el dolor fué tan agudo, que lanzando un grito fué á caer en los brazos de Sedley. Este pequeño incidente aumentó la ternura y la confianza de nuestro héroe hasta tal punto, que hubo de contarla muchas de sus historias indias por la sexta vez.

— Me gustaria mucho ver la India, dijo Rebeca.

— ¿De veras? exclamó José con el acento mas tierno.

Y se puede afirmar que esta preguntita preparaba otra mas tierna todavía; pero ¡oh contratiempo! se oyó la campana que anunciaba los fuegos artificiales, y arrastrados por la oleada imperiosa é irresistible, nuestros dos amantes tuvieron que seguir el impulso de la muchedumbre.

El capitán Dobbin habia tenido ideas de buscar á sus amigos para cenar; pues realmente no tomaba una parte muy activa en las diversiones de aquellos jardines. Dos veces pasó por delante del cuartito donde se hallaban ahora reunidas nuestras dos parejas, y nadie paró su atencion en él. No habia mas que cuatro cubiertos. Nuestros amantes hablaban entre sí con un abandono en que respiraba la felicidad, y no se acordaban de Dobbin.

— Vámonos, aquí estamos de mas, dijo el capitán mirándolos atentamente.

Y se alejó para pasearse otra vez solo.

Las dos parejas se animaban en su conversacion. José estaba en el apogeo de su gloria y daba órdenes al mozo con una voz majestuosa. Aderezaba la ensalada, destapaba las botellas de champaña, trinchaba los pollos, y comia y bebia la mayor parte de lo que sacaban á la mesa. Por fin insistió en que trajeran un bol de *rak-punch*; nadie va al Vauxhall sin tomar un bol de *rak-punch*.

Le trajeron pues, y este bol de ponche tuvo una grande influencia en los destinos de la mayor parte de los personajes de nuestra novela; influencia que se extendió sobre toda su vida, aunque el mayor número de ellos no tomó una gota.

Las señoritas no bebian y á Jorge no le gustaba. La primera consecuencia fué que José le bebió todo, y la segunda fué que despues de haberle bebido experimentó una exaltacion que pudo traer resultados muy graves.

Hablaba y se reia tan alto, que reunió gente á la puerta del cuartito con asombro de sus inocentes compañeras, y luego entonó una cancion con una voz tan chusca, que los espectadores le cubrieron de aplausos.

— Por amor de Dios, José, le dijo Osborne, vámonos de aquí.

Y Amelia y Rebeca se levantaron.

— Espera un poco, querida mia, aulló José atrevido como un león; y echó su mano al talle de Rebeca.

Rebeca se desvió, pero no pudo evitarle. Las carcajadas redoblaron fuera. José continuó bebiendo, haciendo el amor y cantando, guiñando los ojos y saludando con gracia al auditorio; convidaba á todo el mundo á tomar ponche con él.

Osborne se disponia á rechazar á un hombre con botas de campana que trataba de aprovechar el convite, y ya una lucha parecia inevitable, cuando por fortuna un individuo que conocemos y que se llama Dobbin, que hasta entonces se habia paseado por el jardín, se detuvo delante del cuarto.

— Abridme paso, babiecas, dijo Dobbin.

Y todos dejaron calle al hombre de aire belicoso que penetró en el gabinete sumamente agitado.

— ¿En dónde habeis estado, amigo mio? exclamó Osborne apoderándose del pañuelo blanco que llevaba Dobbin y poniéndosele á Amelia; servidnos de algo, quedaos con José mientras llevo á las señoritas al coche.

José quiso interponerse, pero Osborne le hizo sentar de nuevo y salió con las jóvenes. José las envió muchos

besos mientras se alejaban, y gritaba: «Benditas seas.» Luego tomando la mano del capitán y llorando que daba lástima, le confió el secreto de sus amores.

Dijo que amaba á Rebeca y que quería casarse con ella al otro día en San Jorge, Hanover-Square; quería ir á despertar al arzobispo de Cantorbery sin tardanza. El capitán Dobbin aprovechando la coyuntura le dijo que sí, y cuando una vez le tuvo fuera del Vauxhall, le hizo subir á un coche que le depositó sano y salvo en su domicilio.

Jorge Osborne llevó á las señoritas á su casa, y cuando las hubo dejado en ella, le entró una risa que sorprendió mucho á los serenos.

Amelia miró á su amiga con tristeza, subió con ella las escaleras, la dió un abrazo, y luego se fueron á la cama sin añadir una palabra.

— Mañana presentará su demanda, pensó Rebeca; me ha llamado querida de su corazón, y me ha estrechado la mano delante de Amelia.

Amelia estaba en lo mismo, y pensaba ya en el vestido que estrenaría el día de la boda, en los regalos que haría á miss Sharp, en la ceremonia, etc., etc.

¡ Pobres criaturas ignorantes y crédulas! ¡ cuán poco conocéis los efectos de un rak-punch!

El día siguiente que Rebeca esperaba como la aurora de su fortuna, halló á Sedley lanzando los lamentos de un hombre en la agonía. Aun no se había inventado el agua de Seltz, y la cerveza blanca ¿quién podría creerlo? era la única bebida que pudiera apaciguar la fiebre que le dió la orgía de la noche precedente.

Jorge Osborne encontró á José bebiendo de esa cerveza insípida y gimiendo tendido en un sofá. Dobbin estaba ya en el cuarto llenando de atenciones á esa víctima de la noche pasada. Los dos oficiales, después de haber echado una mirada al bebedor de ponche fuera de combate, se miraron maliciosamente. Hasta el criado de Sedley, hombre de etiqueta si los hay, apenas podía contenerse mirando á su amo infelizmente.

Osborne, que no se hallaba muy contento de que un miembro de la familia en que iba á entrar, se casara con una aventurera, se aprovechó del estado de debilidad de su amigo, y comenzó así el ataque:

— ¿ Os acordáis de vuestra canción de ayer?
— ¿ Qué canción? preguntó José.
— Una canción sentimental en la que llamábais á Rosa.... á Rebeca, no me acuerdo ya de su nombre, «querida de mi corazón.»

Y tomando la mano de Dobbin, repitió la escena de la víspera para atormentar al que había desempeñado en ella el principal papel, y á despecho de todos los esfuerzos del buen Dobbin que quería despertar en él un poco de piedad.

— No debía guardarle ninguna consideración, respondió Osborne á las amonestaciones de su amigo cuando dejó al inválido en manos del doctor Globber. ¿Porqué armó aquel escándalo en el Vauxhall? ¿Quién es esa intrigante que le provoca con los ojos para que la ame? La familia no tiene nobleza de sobra, prefiero una cuñada que no sea institutriz. Mis ideas son liberales, pero tengo cierto amor propio y sé lo que debo á mi categoría: que ella se esté en la suya. Quiero impedir esa calaverada, y ya está mi hombre bien advertido.

— Sin duda, dijo Dobbin, debéis volver por el honor de la familia; pero...

— Venid conmigo á ver á las jóvenes, y hareis el amor por vuestra cuenta á miss Sharp, dijo Osborne interrumpiendo á su amigo; pero el capitán no quiso acompañarle en su visita.

Al distinguir en casa de los Sedley dos cabezas que estaban alerta en dos ventanas diferentes, Osborne no pudo menos de echarse á reír.

El hecho es que ambas jóvenes estaban en observación, y miss Sharp contaba con ver de un momento á otro la masa respetable llamada José.

— Está en su torre, dijo Osborne á Amelia, pero no descubre nada.

Y muy contento con su chanzoneta, se puso á contar en términos grotescos á miss Sedley el estado en que su hermano se hallaba.

— Jorge, haceis mal en reiros, le dijo ella reconviéndole.

Pero Osborne continuó la broma.

Cuando miss Sharp se presentó, la habló en tono irónico del efecto que sus encantos habían producido en el grueso empleado de la Compañía de las Indias.

— ¡ Ah! miss Sharp, exclamó, si hubiérais podido verle esta mañana quejándose y retorciéndose en el sofá; si le hubiérais visto sacando la lengua al boticario Globber...

— ¿ De quién habláis? preguntó miss Sharp.

— ¿ De quién ha de ser? Del buen Dobbin que nos tuvo en brasas ayer noche.

— Nos portamos mal con él, dijo Emmy poniéndose encarnada; es verdad... le olvidamos completamente.

— Justo, exclamó Osborne riéndose á carcajadas; pero no es posible pensar siempre en Dobbin: ¿ no es verdad, Amelia? ¿ no es verdad, miss Sharp?

— Se piensa en él cuando vuelca su vaso en la mesa, repuso miss Sharp con tono seco; yo no he fijado mi atención un solo instante en la existencia del capitán Dobbin.

— Muy bien, miss Sharp, se lo diré, exclamó Jorge.

Y cuando hablaba así, miss Sharp sintió nacer en ella un sentimiento de desconfianza y de odio por aquel joven oficial sin que él lo sospechara.

— Quizá quiere divertirse á mi costa, pensó Rebeca; quizá me ha ridiculizado delante de José, y ha renovado sus terrores... ¡ Y él no vendrá!

Una nube pasó por sus ojos y su corazón latió muy fuerte.

Mientras ella se alejaba y Amelia le reconvenía con los ojos, Jorge se acercó á esta y la dijo:

— Mi querida Amelia, sois demasiado buena é indulgente: no teneis aun como yo la experiencia del mundo: vuestra amiga miss Sharp debe aprender á permanecer en su puesto.

— Pensáis que José...

— No sé nada, amiga mía; puede hacerlo ó no hacerlo, yo no mando en él; pero sé que es un mozo muy ligero y muy vano, que ha colocado á miss Sharp en una posición falsa.

Y se echó á reír de un modo tan franco que Amelia no pudo menos de acompañarle.

José no se presentó aquel día. Amelia envió al negro á casa de su hermano para pedirle un libro que la había prometido y preguntarle cómo estaba. El criado de José, M. Brush, contestó que la indisposición de su amo le obligaba á estar en cama.

— Mañana vendrá, pensó ella. Pero no tuvo valor para decir nada á su amiga, y esta no hizo la menor alusión al asunto en la noche que siguió á la del Vauxhall.

Al otro día sin embargo, cuando las señoritas estaban en el sofá, bordando, escribiendo cartas ó leyendo novelas, el negro se presentó con un libro bajo el brazo y una carta en una bandeja.

— Una carta de M. José para la señorita, dijo Sambo. Amelia la abrió temblando y leyó lo siguiente:

« Mi querida Amelia: Os envío el *Huérfano de la Selva*. No estoy bueno, y por eso no os he visto ayer ni os veré hoy. Voy á salir para Cheltenham. Me excusareis, si es posible, con la amable miss Sharp por mi conducta en el Vauxhall. Suplicadla que me perdone y olvide todo cuanto la dije en aquella maldita cena. En cuanto me sienta mejor, pues mi salud se halla muy quebrantada, iré á pasar algunos meses en Escocia.

» JOSÉ SEDLEY. »

Era la sentencia de muerte, todo estaba perdido. Amelia no se atrevía á mirar el rostro pálido y los ojos inflamados de Rebeca. Dejó caer la carta sobre las rodillas de su amiga, y saliendo de la sala fué á refugiarse en su cuarto, donde su tierno corazón pudo desahogarse.

La mujer del mayordomo Blenkinsop la siguió para prodigarle sus consuelos; Amelia derramó muchas lágrimas en su seno y recobró un poco de ánimo.

— No os desconsoléis, señorita, la dijo; no tiene las simpatías de nadie en esta casa. Yo la he visto con mis propios ojos leyendo las cartas de vuestra mamá. Pinner dice que todo lo registra, y que está segura de que ha guardado en su coife vuestra cinta blanca.

— Se la he dado yo, respondió Amelia.

Pero esto no modificó en nada la opinión de mistress Blenkinsop acerca de miss Sharp.

Para todos los habitantes de la casa, excepto para la pobre Amelia, era evidente que Rebeca debía marcharse. La excelente criatura pasó revista á sus vestidos, encajes, pañuelos y demás para hacer regalos á Rebeca.

Jorge Osborne debió contribuir también, y por cierto no se hizo de rogar. Corrió á Bond-street, compró un sombrero muy bonito y un spencer elegante, y los entregó á Amelia.

— Hé aquí el regalo de Jorge, mi querida Rebeca, la dijo Amelia. ¡ Qué buen gusto tiene! No hay otro como él.

— No hay otro como él, repitió Rebeca; le estoy agradecida.

En el fondo de su corazón se decía: « Jorge Osborne me impide casarme. » Y le quería entrañablemente.

Hizo sus preparativos con mucha serenidad, y aceptó todos los presentes de Amelia después de haberse resistido como era debido. Juró á mistress Sedley una eterna gratitud, y besó la mano á M. Sedley, pidiéndole permiso para considerarle en adelante como su mejor amigo y protector. La despedida era tan tierna, que M. Sedley estuvo á punto de regalarla veinte libras: pero reprimió su sensibilidad, y como le esperaba el coche para ir á comer, se alejó diciendo á Rebeca:

— Dios os proteja, hija mía; siempre que vengais á la ciudad hay un puesto para vos en esta casa; no lo olvidéis... James, á Mansion-House.

Por fin llegó el momento de la separación para las dos amigas.

Pasada una escena en que la una tomó su papel á lo serio y la otra le desempeñó como una actriz consumada, Rebeca y Amelia se separaron, la primera jurando á su amiga que la amaría eternamente.

VII.

CRAWLEY DE CRAWLEY-LA-REINA.

Entre los nombres mas ilustres de la letra C inscritos en el *Anuario de la corte*, el año de gracia de 18... se contaba el de *Crawley (en Pitt) baron, Great-Gaunt-street, y Crawley-la-Reina en el Hans*. Este nombre honorable figuraba también hacia algunos años en la lista de los que solicitan los sufragios de los electores.

A propósito del pueblo de Crawley-la-Reina se cuenta que la reina Elisabeth, en una de sus expediciones, se detuvo una vez en Crawley para almorzar. La rica

cerveza del Hampshire que le presentó el Crawley de entonces, hermoso mozo de barba larga y fuerzas hercúleas, la puso de tan buen humor, que otorgó á la aldea de Crawley el derecho de enviar en adelante dos miembros al parlamento. En recuerdo de tan ilustre visita, el país recibió el nombre de Crawley-la-Reina, que ha conservado hasta el día.

Sir Pitt Crawley, llamado así del nombre de su ilustre homónimo de la Cámara de los comunes, era hijo de Walpole Crawley, primer baron, dispensador de sellos y pergaminos bajo el reinado de Jorge II. El árbol genealógico de la familia es de los mas ilustres. Al lado del nombre de sir Pitt Crawley, el baron de que tratamos en este capítulo, se alinean los nombres de su hermano el reverendo Bute Crawley, rector de Crawley-Suailby, y de otros varios descendientes, varones y hembras de la familia.

Sir Pitt se había casado primeramente con Grisela, sexta hija de Mungo Binkie, y prima de M. Dundas. Le dió dos hijos, Pitt y Rawdon Crawley. Algunos años después del fallecimiento de milady, sir Pitt llevó al altar á Rosa, hija de M. G. Grafton de Mudbury. Esta nueva esposa le dió dos niñas que iban á tener por institutriz á miss Rebeca Sharp. Rebeca se encontraba pues en medio de una familia muy ilustre. En breve su diplomacia iba á ejercitarse en un teatro mas digno de ella que el centro modesto de Russell-Square.

La carta de aviso que la llamaba cerca de las señoritas se hallaba concedida en estos términos:

« Sir Pitt Crawley suplica á miss Sharp y á sus equipajes que estén aquí el martes, pues yo me voy á Crawley-la-Reina mañana temprano.
» Great-Gaunt-street. »

Rebeca no podía recordar haber visto un baron en su vida; así es que después de despedirse de Amelia y de frotarse los ojos con su pañuelo, ceremonia que duró el tiempo justo que tardó el coche en volver la esquina, concentró su inteligencia para formarse una idea del aire que podía tener un baron.

— Debe llevar un vestido de corte, se decía, y alguna placa. Me parece verle; sin duda me tratará con el mayor desprecio, pero hay que tener paciencia; al menos me encontraré en la buena sociedad y no entre esa gentecilla tan vulgar que dejo ahora.

Y luego pensando en José y en sus amigos de Russell-Square, se apropiaba la filosofía de la zorra de la fábula que decía que las uvas estaban verdes.

Después de haber pasado Shiverly-Square, el carruaje se detuvo al fin en Great-Gaunt-street, delante de una casa grande y sombría en medio de otras dos de la misma apariencia. Cada una tenía un escudo sobre el balcón principal. Las ventanas del primer piso estaban cerradas; las del comedor estaban entreabiertas.

El cochero John, que no deseaba apearse para llamar, reclamó este servicio de un pilluelo que pasaba. Se oyó la campanilla, una cabeza asomó por el comedor, y abriéndose la puerta salió un hombre con calzon de paño comun, gruesas polainas, una chaqueta vieja, cabeza calva, rostro rubicundo y sin expresión, ojos pardos y brillantes y boca torcida.

— ¿ Es esta la casa de sir Pitt Crawley? preguntó John.

— Sí, respondió el hombre de la casa.

— Venid á tomar estos paquetes.

— Podeis traerlos vos si quereis, respondió el portero.

— No puedo dejar mis caballos. Ea, ea, despachaos, la señorita os dará alguna cosa por el trabajo, dijo el cochero riendo.

El hombre calvo sacó las manos de los bolsillos del calzon, y luego obedeciendo á la orden del cochero, se cargó el cofre de miss Sharp y entró en la casa.

El cochero dió un latigazo á sus caballos murmurando de la advenediza que no había dado la menor propina á los criados de los Sedley.

Al entrar en el comedor guiada por el personaje de las polainas, Rebeca halló en el aposento ese aire de luto que toman todos cuando los habitantes nobles se despiden de la ciudad. Diríase que las piezas llevan la fidelidad hasta el punto de llorar la ausencia de los amos. Bajo el aparador se veía una alfombra arrollada. Los cuadros, los muebles y la lámpara tenían sus fundas. Desde el fondo de su rincón el busto de sir Walpole Crawley contemplaba aquel cuadro sombrío.

Dos sillas ordinarias, una mesa redonda, una badila y unas tenazas se agrupaban en torno de la chimenea donde se calentaba un cazo al escaso calor de un fuego moribundo. Sobre la mesa al lado de un pedazo de pan y de queso había un candelero blanco y un poco de porter en una jarra.

— Sin duda habeis comido ya; esto es pesado para vuestro estómago. ¿ Quereis un poco de cerveza?

— ¿ Dónde está sir Pitt Crawley? preguntó miss Sharp con aire majestuoso.

— ¡ J, j, soy yo sir Crawley. Me debéis una buena propina por vuestro equipaje. ¡ J, j, preguntad á mistress Tinker si no soy yo.

La persona llamada así entró en aquel instante en el cuarto con la pipa y el tabaco pedidos cuando llegaba miss Sharp; entregó ambas cosas á sir Crawley que se sentó junto á la lumbre.

— ¿ Y la vuelta?

— Aquí está, respondió la Tinker arrojándole algunos ochavos. ¡ Barón, y tan miserable!

— Soy justo antes de ser generoso, dijo el anciano.

— En su vida ha regalado nada, murmuró la Tinker.

(Se continuará.)



Los mendigos del Mediodía de la Francia.

TIPOS DIBUJADOS POR H. RICHARD.

Las horas más agradables de la vida son aquellas en que se echa uno un morral al hombro y sale de viaje sin saber adonde. Tierra desconocida, horizonte lejano, esto agrada siempre á la imaginación que se complace en salir del presente y de la realidad.

Una mañana del mes de agosto estaba yo en la Provenza con mi amigo Richard, y llevábamos á la espalda nuestro equipaje de



artista. Lo que voy á decir de nuestras excursiones es solo para explicar los dibujos que acompañan.

La Provenza, ese país de sol, de montañas y de perfumes, estrechado entre las dos Penínsulas, ofrece tipos particulares que vanamente se buscarían en las llanuras de Beaune ó de Borgoña.

Todos los dibujos que figuran en estas dos páginas están copiados del natural; á muchos les parecerá esto increíble, pero es exactísimo.

Si parva licet componere magnis, los mendigos de Richard y los de Callot tienen algún parentesco.

Ambos artistas han alcanzado el mismo resultado empleando iguales medios, el estudio de la naturaleza; pero se trata de esa naturaleza que ven y pintan los artistas.

Todo país tiene sus mendigos; pero la miseria se presenta en cada clima de un modo distinto.

Los de París, que constituyen un tipo original de civilización y de miseria, de generosidad y de bajeza, de inteligencia y de embrutecimiento, han tenido sus historiadores, ó mejor dicho, sus novelistas.

Esta clase de mendigos solo se encuentra en París.

En los departamentos franceses, y sobre todo en la Provenza, los mendigos son verdaderos gitanos sin casa ni hogar, que viven de la limosna, y sobre todo del robo.

¿De dónde vienen esas nubes de langostas que caen un día sobre un campo y lo devoran todo? — Nadie lo sabe.



¿De dónde vienen esos mendigos que una mañana se encuentran acampados en las cercanías de una aldea del Var ó de los Bajos Alpes? — ¿Quién podría decirlo?

Hablan una lengua desconocida, y no conocen más leyes que sus instintos.

Vienen de Italia, de España, de Oriente quizá, esa tierra clásica de los gitanos.

Los que han estado en Africa han visto largas caravanas de gitanos montados en camellos, mulas ó caballos apocalípticos; no se puede imaginar nada más fantástico y espantoso; desaparecen como por encanto, y solo Dios podría decir donde moran.

Sorprenderían á Callot que no ha imaginado nada por el estilo.

Todo el que ha dado vueltas por el mundo, ha debido convencerse de una verdad que desgraciadamente no tiene réplica, y es que de veinte partes de la sociedad diez y nueve se hallan aun en el estado salvaje.

Por más que se extienda la civilización, los gitanos la baten en brecha.

Pero si es verdad que esos seres extraños pesan sobre la sociedad como la espada de Damocles sobre la cabeza de los convidados, no es menos cierto que ofrecen al lápiz del artista modelos de un aspecto nunca visto.

Y no hablo yo aquí del observador que puede estudiar ahí al hombre en su crudeza primitiva.

Nosotros hombres de mundo, sujetos por todos lados á las convenciones sociales, vaciados todos en el mismo molde, modelados todos por el mismo patrón y educados todos de la misma manera, hemos perdido nuestro tipo natural y parecemos todos lo mismo.



Pero esos parias de la moderna sociedad, que vienen y se crían como Dios quiere, como la fruta silvestre que siempre conserva su aspereza y su perfume, son para nosotros muestras del hombre sencillo y brutal.

Como los niños tienen el alma feroz y compasiva; son como ellos tímidos é imprudentes; como ellos, son cobardes, pues una sombra les espanta, y valientes también porque ignoran el peligro; como ellos, en fin, olvidan el pasado, no se acuerdan del porvenir y gozan de la hora presente. No tienen ni vicios ni virtudes de convención; han arrojado atrás el manto que





Hay personas que todo lo saben.
Mi amigo Richard y yo estábamos sentados en la falda de una montaña ocupados en pintar y en hablar de estas cosas.

En el camino habíamos encontrado ya muchos gitanos á cual mas singulares de facha, que Richard dibujaba en su album conforme los veíamos.
Nos dió la idea de parar á los que pudiéramos encontrar para hacerles hablar un poco.
¡Dios sabe las maravillas inéditas y curiosas que descubrimos! Habría materia para hacer novelas en diez tomos, y aun algunas tragedias.

Ofrecemos aquí algunas muestras de los tales mendigos.
El mendigo que está en pié, de frente y con el sombrero en la mano, envuelto en una mala capa, se acercó á nosotros hablándonos en un latin que habria dado envidia á un estudiante de humanidades del siglo XV.
Muy asombrados le respondimos en un latin de retóricos del siglo XIX. Y sabido es que estos retóricos pueden dar lecciones á poca gente.

Nos dijo que era de la frontera de España, que habia huido de su casa por intriga de amores, que su Eloisa se habia muerto en el camino de miseria y de cansancio, y que él pasaba la vida pidiendo limosna.

Succurrere miseris ó miseris.

La mujer de perfil tan distinguido aun que se ve enfrente del hombre de la capa la encontramos en el Var. Vivía en una cueva. Su acento italiano y su tez curtida denunciaban su origen. Tenia en la voz algo de melo-



ubre su desnudez. Son sencillamente francos tunantes.

Hay filósofo que diria : ese es mi hombre.

Efectivamente, pero con la condicion de que no vendrá á robarme las gallinas, ó no me dará una puñalada si me encuentra en un monte.

Lo cierto es que los tales gitanos están muy bonitos pintados en el papel, y que el hombre civilizado es un poco tonto.

Para buscar la razon de este fenómeno, habria seguramente muchas cosas que decir; pero aquí no vienen al caso.

Si la estética no es una palabra vacía, alguien nos revelará el misterio.



Tan pesado y tan tonto como su instrumento, todo lo mas curioso que habia en él era un pañuelo viejo con que le envolvía.

En cuanto al hipócrita de aire beato que reza el rosario muy compungido, decia que habia dejado sus piernas en la tierra santa.

Ya podia haberse quedado allí entero y verdadero; el mundo nada habria perdido.

Pero sí, habria perdido... su retrato.
En cuanto á los demás nada diremos. Preciso es dejar al lector que adivine alguna cosa.

E. CASTELLAN.



dioso y de triste. En el pais decian algunos que era una Magdalena arrepentida.

Varias personas de buen corazon atribuián su extrema miseria á un exceso de virtud; y sobre esto contaban una historia muy tierna que no repetiré aquí seguramente.

Esta última version nos pareció algun tanto aventurada.

El que alarga la mano y se apoya con la otra en su muleta aparenta una vejez que en el fondo es robusta y vigorosa.

La muleta no es mas que la muestra del oficio, un cebo para atraer la caridad; tiene unas piernas hercúleas y una salud de hierro.

Es un aldeano de los Bajos Alpes, un verdadero Diógenes que se proporciona una vida muy cómoda explotando la sensibilidad humana en vez de trabajar. Cuenta cuentos que hacen morir de risa, echa reprimendas á las muchachas y da consejos á los mozos del lugar.

Los habitantes de la comarca elevarán una estatua á ese pordiosero como los griegos á Diógenes.

¿Veis ese socarron con el sombrero caido hasta la nariz y envuelto en una capa vieja de pastor?

Es un napolitano de una reputacion bastante equívoca, que fué arrojado de su patria molido á palos, porque, segun él dijo, tenia mucho talento.

Diré dos palabras mas sobre el que toca el clarinete. Ese animal melancólico tuvo durante toda su vida la pasion de la música, y toda su vida estuvo como un espárrago.



El sueño de las flores.

Era una tarde de apacible ambiente,
De manso aroma y celestial color;
Iba gimiendo de placer la fuente;
Las áuras iban suspirando amor.

El sol se oculta en el gentil collado,
Que airado corta el horizonte azul;
Sobre las flores del fecundo prado
La niebla tiende su bordado tul.

Callan las aves, y en el bosque umbrío
Entre las ramas á ocultarse van;
Duermen las flores y murmura el río;
Auras y fuentes suspirando están.

En pos dejando misteriosa huella
De tibia luz, que expirará despues,
El cielo cruza silenciosa estrella;
La blanca estrella de los sueños es.

La luz dudosa de su inquieta llama
Presta á las flores celestial calor;
Y dulce en ellas por igual derrama
Castos ensueños de inocente amor.

Si á amar las flores en el mundo enseñan,
¿Qué podrán ellas en sus sueños ver?
El áura dice que las flores sueñan
Misterios, ¡ ay! de virginal placer.

Sentir del áura el cariñoso vuelo,
Oír del agua el armonioso son,
Amarse mucho, y contemplar el cielo...
Sueños y vida de las flores son.

La nube de verano.

Yo la he visto tranquila, suelta en blancos celajes,
De su impalpable velo rasgado el ancho tul,
Tender con indolencia magníficos encajes
Del áspera montaña por el contorno azul.

Y recatada y llena de vaporoso encanto
Alzarse lentamente con noble majestad,
Perdidas en el aire las ondas de su manto
Cruzar de las montañas la agreste soledad.

Y á la mirada ardiente del sol que la enamora
Vi reflejarse en ella las tintas del pudor;
Como muestra la virgen su faz encantadora,
Al teñirla de púrpura los rayos del amor.

Y el sol, en su hermosura y en su cariño ciego,
La coronó de rayos sediento de placer;
Y desgarró su manto y la abrasó en su fuego,
La suspendió en el aire y fecundó su ser.

Temblaron comprimidos los vientos bramadores,
Resonando en los ecos con desmayado afán;
Y vestida la nube de sombras y colores
Sintió bajo sus alas gemir el huracán.

Y derramó su manto de púrpura brillante,
Y reflejó en las aguas su sombra y su color;
Y se deshizo en lluvia, y arrebató inconstante
Relámpagos y truenos su aliento abrasador.

Y yo la ví tenderse por el azul del cielo
Perdida su hermosura, su gracia celestial,
Coronadas de lágrimas las ondas de su velo,
Rota sobre los aires su toca virginal.

Y el sol, mirando en ella sus últimos amores,
Lanzando en Occidente su último fulgor,
Tendió por los espacios el arco de colores
En prenda de su dicha y en nombre de su amor.

JOSÉ SELGAS.

Los jardines del Retiro en Madrid.

La primera época del reinado de Fernando VII, á contar desde su regreso de Francia en 1814 hasta la muerte de su segunda esposa doña María Isabel de Braganza á fines de 1817, fué señalada para Madrid por una predilección singular que, tanto el rey como la reina, mos-

traban hácia su heroica capital, complaciéndose en permanecer constantemente en ella, visitando todos los establecimientos públicos y particulares, pasando revistas lucidísimas, asistiendo á pié y sin ceremonia á los teatros, paseos y demás puntos de reunión, y poniendo, en fin, especial cuidado en reparar los deterioros que la guerra con los franceses habia originado en la villa del *Dos de Mayo*. Especialmente el breve tiempo que duró el reinado de doña María Isabel, se distinguió notablemente por aquella predilección á Madrid, datando de dicha época muchos proyectos para su embellecimiento, de los cuales el mas útil fué el de la reparacion del Museo del Prado, y su destino á galería de pintura y escultura; proyecto que, seguido despues con el mayor teson por Fernando, forma hoy sin duda alguna la mas bella página de su reinado.

Los monarcas anteriores habian cada cual manifestado alternativamente inclinacion y cariño á uno de los sitios reales ó residencias campestres donde suelen retirarse durante la buena estacion. Carlos I de Austria dió el primer impulso al embellecimiento de Aranjuez, y renovó el palacio de los maestros de Santiago. A la severa y poderosa voz de su sucesor Felipe II, se elevó el soberbio monumento del Escorial. El poderoso valido conde-duque de Olivares supo aprisionar en su capital á Felipe IV, haciendo desplegar dentro de su recinto los magníficos jardines, las encantadas fiestas del Buen-Retiro. Felipe de Borbon, siguiendo su antipatía á su antecesora la casa de Austria, alzó sobre las ruinas del antiguo alcázar de Madrid un nuevo y magnífico palacio, y huyendo de los recuerdos de Aranjuez, el Escorial y Buen-Retiro, hizo aparecer por encanto á la falda de las escabrosas sierras carpetanas un nuevo eden en los jardines de San Ildefonso. Su hijo y sucesor Fernando VI volvió á renovar el perdido entusiasmo por el Buen-Retiro.

Carlos III generalizó á Madrid y todos los sitios reales las grandiosas muestras de su proteccion, y Carlos IV continuó embelleciéndolos, hasta que á su caida del trono vino la guerra de los franceses, y todas aquellas reales mansiones tuvieron mucho que padecer. Pero ninguna en los términos que el Buen-Retiro, que constituido por su situacion en una especie de ciudadela para tener en respeto al arrogante pueblo de Madrid, perdió de tal modo su carácter de sitio de recreo, que á la salida de los franceses solo presentaba, donde antes sus vistosos palacios, sus jardines, bosques y paseos, una inmensa multitud de escombros, parapetos, zanjas, parque de artillería y efectos de guerra.

Fernando, á su regreso al trono, proyectó restaurar aquel hermoso recinto y restituírle su pasado esplendor; mas desgraciadamente no se pensó en volverle su carácter de sitio real, con su animada poblacion, sus fábricas, palacio, teatro y demás circunstancias que le dieron aquella vitalidad que disfrutó en los siglos anteriores; y guiado mas bien de consejos apocados, prefirió dividirle en dos partes, una destinada exclusivamente á paseo público, y la otra á jardines reservados para recreo de la familia real.

Los jardines reservados de S. M. se extienden desde la puerta de Alcalá hasta la esquina de la tapia sobre la que se eleva la montaña artificial, y luego siguiendo por la derecha todo el espacio comprendido entre dicha tapia y el estanque grande hasta la casa de fieras; lo cual viene á ser casi la mitad del Retiro, hallándose dividido tan dilatado espacio en varios trozos de jardín de diversos gustos, bosques, paseos y huertas, todo bastante frondoso para la escasez de agua que experimenta este real sitio.

Hallábase además adornado todo ello con diferentes objetos de recreo, tales como fuentes, cascadas, grutas, montañas y templete, en lo que se han invertido cuantiosas sumas y desplegado un lujo de decoracion, á par que una puerilidad de ideas, que entretiene agradablemente, sin causar en el ánimo del observador sentimientos mas elevados; de suerte que difícilmente podria lucirse mayor empeño en sembrar el oro para dar por resultado una cosecha igual de magníficas superfluidades.

Con efecto, al ver al poderoso monarca de España é Indias (porque entonces lo era), al poseedor de los magníficos vergeles de Aranjuez y San Ildefonso, de los palacios de Madrid y el Escorial, de la Alhambra de Granada y de los alcázares de Sevilla y de Toledo, dispensando sus tesoros en manos de sus adoradores, para que estos á fuerza de diligencia improvisasen una cabaña rústica, ó una cas adilla de nacimiento; una montaña de algunas toesas de altura, ó un templete sin carácter arquitectónico; una miserable parodia de un salon oriental, ó un estanque *soi disant* chino, no sabe uno si reír irónicamente de los raquíuticos esfuerzos de la adulacion, ó llorar con amargura la malversacion de tantos capitales en una nacion pobre y desgraciada.

« Los pueblos y los reyes (dice Victor Hugo) escriben » en la piedra la historia de su civilizacion, y consignan » los adelantos de su época. » Carlos III la dejó sin duda impresa en los magníficos caminos de Sierra-Morena, en los suntuosos edificios de Madrid. La época á que ahora nos referimos quedó escrita en el Retiro, en techos de caña pintada, en torrecillas de cascabeles, en piedras y corales imitados, en gabinetes de talco, y en una casa de fieras.

De vez en cuando se interrumpe la monotonía de los jardines por algunos edificios aislados, reducidos por la mayor parte á gabinetes de descanso; en todos los cuales se echa de ver la predilección que el director de la obra (que sin duda debia ser romántico) tenia por los contrastes; pues todo se reduce á cabañitas rústicas de

troncos y peñascos por fuera, y que en su parte interior se convierten en lindos retretes alhajados con todos los adornos y menesteres necesarios para descansar agradablemente del paseo, y... ¡ oh prevision admirable!... hasta para pagar el tributo (si necesario fuese) á una fácil y terminada digestion. — Recintos misteriosos y fáticos, que reproducidos con profusion en semejantes sitios y destinados á tan elevados personajes, vienen á ser, á pesar de sus primores en espejos y argentería, un recuerdo continuo de su flaca naturaleza, un *Memento homo* muy filosófico, aunque no del mejor olor.

Preciso es hacer un grato descanso en el bello salon oriental, que siguiendo el mismo sistema de contraste ofrece en su exterior un tosco edificio de troncos y cañas, al paso que en su interior ostenta una elegante decoracion al gusto persa, que aunque pudiera achacarse de algo hiperbólica en sus detalles (puesto que no hemos estado en el *Isphahan* para saber si los salones del Shah se hallan revestidos de perlas como nueces, ó de rubies como melones), sin embargo produce un conjunto verdaderamente hatagüeno, original y sorprendente. Tiene además este salon un tanto mas de comparacion con las pirámides de Egipto; y es que á pesar de las eruditas controversias, todavía no se ha podido averiguar de cierto cuál fué el objeto de su construccion.

Al menos en la montaña artificial que se mira de allí á algunos pasos, ya se infiere que levantar allí á costa de espuestas de tierra y de onzas de oro una elevacion semejante, fué con el objeto (á todas luces razonable) de cubrir con una bellísima bóveda una noria (que por mas señales se hundió al poco tiempo) y elevar sobre su altiva cresta una especie de mirador de forma ambigua, desde donde se dominan los tejados de Madrid y las deliciosas tierras de pan llevar del camino de Alcalá.

Esta montaña, que por entonces hizo mucho ruido sobre cuál seria su objeto, suponiendo algunos nada menos que la edificacion de un castillo ó ciudadela inexpugnable donde poder retirarse en caso de ataque toda la poblacion de Madrid y sitios reales, quedó desde entonces conocida por el nombre de la Montaña Rusa, y á la verdad que ignoramos la razon, pues que mas que de Rusia tiene cierto sabor de la Alcarria; y nadie hasta ahora, que sepamos, ha pretendido resbalarse por ella en *treneaux*.

En cuanto al edificio que la corona, la opinion general ha salido mas justa, y ya que no ha podido hallarle objeto, se ha atendido á la forma, cometiendo una figura retórica que llamamos comparacion, y apellidándole por símil La Escribanía.

Hay otra casita de pescador con su pequeña ria, bastante pintoresca; otra del pobre, con sus diversos compartimientos, lindamente imitados á la verdad, alhajada con rústicos utensilios y hasta con rústicos dueños, figuras graciosas de movimiento, que consisten en una mujer que hila y mece la cuna donde duerme un chiquillo, y un pobre enfermo en su cama, los cuales saludan cortesmente al que entra á visitarlos, no sin asombro de nuestro ya olvidado grupo recién venido, que no puede comprender que todo aquello sea arte del diablo.

En otro tiempo estaba aumentada esta pobre familia con un bello granadero de realistas, hijo de la casa, el cual sin duda marcharía á batirse á las facciones, y sabe Dios cuál habra sido su suerte, si no se ha dado pisa á convertirse en patriota.

El embarcadero chino al frente del estanque grande es de lo mas bello y digno de elogio, no solo por su linda proporcion y elegante adorno, sino porque al fin tiene su objeto; si bien no ha cumplido su mision sobre el agua, sino alguñita que otra vez, y eso hace muchos años, y solo en la época á que nos referimos, cuando Fernando VII y su esposa doña Isabel se andaban surcando las pacíficas ondas del estanque en una bella góndola, que se conserva en el astillero, como testimonio de la última de nuestras glorias marítimas.

Frente por frente, ó por mejor decir, frente de las espaldas del embarcadero, al fin de una hermosa calle de álamos, se extiende una placeta, en cuyo término medio se hallaba colocada sobre un mezuquino pedestal la magnífica estatua ecuestre de Felipe IV, conocida en el pueblo de Madrid un poco prosaicamente con el título de « El caballo de bronce. » Todo el mundo sabe, y por si acaso no, se lo diremos ahora, que esta hermosísima estatua, una de las primeras en su género en Europa, fué ejecutada por el célebre escultor florentino Pedro Tacca, con arreglo al dibujo que de orden del rey le envió su primer pintor de cámara don Diego Velazquez. La actitud del caballo, en situacion de hacer una corbeta, y sosteniéndose sobre sus dos piés, ofrecia una inmensa dificultad que parecia imposible de combinar con el enorme peso y volumen de la estatua; pero el escultor supo vencerla, con asombro de los inteligentes, dando al caballo todo el brio de que es susceptible, y el ademán del rey de la mayor majestad y nobleza, y no descuidando ninguno de los detalles.

Esta magnífica estatua, que tiene pocas semejantes, es colosal; pesa 18,000 libras, y está estimada en 40,000 doblones. En lo antiguo estuvo colocada en la entrada del Retiro; ha pasado posteriormente á ser el mejor adorno de la Plaza del Real Palacio.

Concluye la parte reservada con la casa de fieras, último término del visitador, y *non plus ultra* de su entusiasmo y admiracion. El edificio es bello, elegante y bien dispuesto para el objeto, y no tendrán motivo de quejarse los exóticos huéspedes de este filantrópico establecimiento, de que se haya escaseado aquella co-

modidad conciliable con su áspera y desabrida condición.

Espaciosas y cómodas jaulas, bien ventiladas y cerradas con dobles y fuertes rejas y trampas; largos y hermosos corredores; guardas diligentes y serviciales; comida abundante y grata; baños para la salud, y un salón ó enverjado de recreo (sala de compañía). Todo esto y mas tienen las señoras fieras; y ¡ojalá pudieran decir otro tanto los muchos desgraciados acogidos á los establecimientos de mendicidad en nuestra heroica capital!

Los susodichos huéspedes fueron comprados *ex profeso* para dotar esta casa, y traidos no sin compromiso y grandes costos, de luengas tierras; y aunque eran en mayor número, ya por efecto del clima, ya por el trascurso del tiempo, han desaparecido en gran parte, ó se ostentan inmóviles en los salones del gabinete de Historia Natural.

Quedan todavía para consuelo de los aficionados, diversos animales de distintas formas y condiciones, aunque todos comprendidos bajo el nombre, un poco poético, de fieras; por ejemplo: — Primera fiera, un abestruzo raquítico y cascado que huirá de un ratón si le ve pasar á cien varas. Segunda fiera, un dromedario que apenas puede moverse con el peso de los años. Tercera fiera, un mandril jugueteo y revoltoso que todo se le vuelve saltar y jugar con la cola. Hay además un elefante, un león y una leona, varios osos, extranjeros y del reino, una linda zebra, una hiena, una pantera y algunas aves de rapiña, un águila, un casuario, etc., etc., etc. Véase por lo dicho que no somos tan pobres como era de suponer en fieras y extrañas alimañas; y esto siempre es un consuelo para los amantes de las glorias del país. — R. DE M. R.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Cuatro palabras sobre la Turena y las márgenes del Loira. — Trajes de pastoras y de pastores. — El estilo Luis XVI á la moda. — Ridículas pretensiones del tocado á la Ninon. — Elegancia poética del tocado griego. — De los vestidos de verano. — Tocado de la emperatriz Eugenia. — Los corpiños á la moda. — Vestidos nuevos. — La chaquetilla de zuavo. — Prendidos de baile para los baños de mar. — Descripción del figurin de este número.

Acabo de hacer un viaje á la Turena, y vengo encantada de la naturaleza de ese país delicioso. ¡Qué paisajes! Los estoy viendo aun. Figúraos una Suiza en miniatura con su vasto y pintoresco panorama. Unas veces se descubre un paisaje de Hobbema, uno de esos cuadros melancólicos con dos ó tres castillos perdidos entre la verdura. Un riachuelo, que se llama el Cyse, serpentea en primer término, y hace descansar la vista antes de que esta se detenga en las márgenes floridas del Loira y en la selva de Blois. En su derredor se ven prados risueños y hermosos viñedos de color de esmeralda, y ningún ruido; allí reina el silencio expresivo de la naturaleza que habla al mismo tiempo al corazón y á la imaginación.

Otras veces cambia el paisaje; la naturaleza adormecida parece despertarse de un dulce sueño. El sol la dora y la da tinte purpurino. Montañas de fuego se pierden en el infinito. Aquí son cuadros de Ruysdael pintados vigorosamente. La naturaleza recobra su alegría; es un panorama verdaderamente pastoril en donde se oye el canto del pastor, el ruido del molino y todas las armonías campestres.

La naturaleza tiene pues días de alegría y de fiesta, como tiene horas de tristeza y de melancolía. Si siempre estuviera igual, cansaría su cielo azul sin ninguna nube, y justamente porque es caprichosa parece sin cesar joven y nueva.

Lo mismo sucede con la moda; todo su poder está en su inconstancia. ¿Porqué el traje de los hombres nos parece tan feo? Porque es invariable.

En la Turena he visto ciertos trajes masculinos que se habían libertado de la vulgaridad de la moda. Los elegantes parecían pastores de Florian ó de ópera cómica. Sus trajes eran frescos y graciosos. Casaquilla y pantalón de hilo blanco con corbata azul y sombrero redondo de paja de Italia con cinta de terciopelo negro.

En cuanto á las pastoras, se ponen muy bonitas siempre que quieren copiar los trajes que pintaron Boucher, Watteau y Lancret. Cuanto mas atrás se vuelve en la moda mas gracia se encuentra.

El estilo Luis XVI hace furor no solo para los muebles, las colgaduras, los objetos de arte y las cintas y adornos de los vestidos, sino tambien para los tocados. La moda de llevar flores, cintas y plumas en la cabeza es del tiempo de María Antonieta. Pero ese tocado tiene algo de regio y de imponente que no conviene á todas las fisonomías. Cada persona, segun su edad y sus atractivos, debe elegir sus adornos; aquí está el escollo de las mujeres. Las hay que queriendo rejuvenecerse se envejecen. La mujer que está en la plenitud de sus encantos, si trata de parecer joven, puede perder muy bien todas sus ventajas. Debe llevar los trajes y adornos propios de su edad. No hay nada más ridiculo que una mujer de treinta años con tocado á la Ninon. Aunque vuelva á la moda este tocado, á mí no me parece bonito mas que en las niñas. El tocado griego da á la cabeza mas poesía.

Tambien voy á señalar otro error de la moda.

Se ha clamado tanto contra la crinolina y los abuecadores que hoy las reinas de la moda se pasean con vestidos flotantes que caen hasta el suelo sin estar sostenidos, y arrastran como un vestido de cola. Esta moda de vestidos lacios parece tan extraña y ridicula como la de los abuecadores exagerados. Las señoras adoptarán seguramente un término medio.

Los vestidos de verano son muy sencillos. ¡Y luego dicen que gastamos tanto dinero las mujeres! Dejémoslos hablar;

mas aun, citeamos un rasgo de su amabilidad con respecto á nosotras.

Hé aquí lo que cuenta un cronista:

« El doctor A... fué llamado á una casa de la Chaussée-d'Antin para visitar á una enferma bonita y elegante.

Después de haberla tomado el pulso, el facultativo exclamó: — Veo lo que es.

Y escribió la receta siguiente:

1º Un cachemira de las Indias;

2º Un sombrero de plumas.

Dos horas despues la dama estaba en pié probándose el cachemira y el sombrero. »

¿Qué prueba esta anécdota?...

Que somos coquetas. — Está muy bien; cuando á una mujer no la gusta adornarse, es que abdica su título de mujer y que tiene alguna de esas pesadumbres que nunca se borran.

En cuanto á novedades extraordinarias, no veo mas que un precioso tocado que estrenó S. M. la emperatriz Eugenia durante su residencia en Fontainebleau. Recuerda un poco los que se ven en los dibujos ingleses, como el tocado de la heroína del vicario de Wakefield, *miss Olivia*. Así es que le han dado ese nombre. Es una coeca de paja caída y sostenida bajo la barba y en torno del cuello por una banda de gasa ó de encaje. Es un tocado original y muy conveniente para la belleza rubia y melancólica de la joven emperatriz de los franceses. Todas las damas de la corte han adoptado este tocado, y hoy no se lleva otro en Saint-Cloud.

Tengo deseos de hablar de las mangas de los vestidos. Se pasa con una inconstancia inaudita de las mangas aplastadas á las mangas flotantes y á las mangas afolladas de puño estrecho. Todos los vestidos de jaconas y de muselina se hacen con mangas afolladas y cerradas. Al mismo tiempo tengo que anunciar un corpiño del renacimiento que dibujó las caderas; es largo y puntiagado como los que se ven en los cuadros antiguos donde se ven representadas señoritas nobles. Por supuesto, no lleva faldetas.

El primer vestido de este género que he visto era de lampas púrpura y negro, un vestido diabólico digno del infierno del Dante, y le adornaba una rica franja veneciana con perlas encarnadas y negras.

El segundo era de tafetan negro rayado de cintas escocesas. Después de haber adornado los vestidos con bandas transversales á la bayadera, preciso es adornarlos horizontalmente: sin el capricho ¿qué sería la moda? Las mangas tenían tres afollados separados por una cinta escocesa. El último se queda mias abajo del codo.

Olvidaba una bonita chaquetilla de zuavo de piqué ó de nankin muy bordada. Esta chaquetilla es muy graciosa; es ancha, flotante y muy corta. Se hacen de terciopelo verde con adorno de pasamanería negra y perlas de acero.

Hé aquí ahora algunos prendidos de baile para los baños de mar.

— Un vestido de tafetan blanco cubierto con tres faldas de tul blanco sobrepuestas. La primera falda rayada de cordones de verdura termina en un pequeño ramillete de margaritas silvestres. En las otras dos hay ramilletes colocados de distancia en distancia.

— Otro de crespon color de rosa con doble falda. La primera falda parece una túnica de ninfa, de náyade ó de divinidad mitológica. No lleva mas que follajes de crespon verde con frutas verdes del campo. El corpiño aplastado y puntiagado llevaba un fichu de gasa afollado.

— Otro de tarlatana con nueve volantes cortados. Corpiño con drapería griega y mangas griegas. Adorno de geranio encarnado.

— Otro de tafetan color de azufre con cuatro faldas de tul orladas con listas de terciopelo negro, una blanca y un encaje negro. Corpiño escotado con fichu Antonieta compuesto de listas de terciopelo negro, blanca y encaje de Chantilly.

— Otro de muselina bordada con tres volantes forrados de tarlatana malva, y ruche de tarlatana malva que pasa el bordado. A los lados lazos de cinta malva. Cuerpo escotado con fichu á la aldeana.

— Otro de tafetan color de rosa cubierto con cinco faldas de crespon color de rosa forradas de tul rosa un poco fuerte para que queden afolladas. Cada falda termina en una orla muy ancha bordada en guirnalda de anchas hojas de crespon color de castaña con venas de oro. Draperías de crespon color de rosa con grueso ramillete de hojas color de castaña y perlas de oro. Tocado de hojas color de castaña con collares de perlas que caen sobre la garganta.

— Otro de gró de Tours blanco nacarado enriquecido con espléndidos ramilletes de flores estampadas de matices suaves. Este vestido se abre en delantal sobre un puño de moaré antiguo blanco con adornos de follaje, que producen un bonito efecto: no hay mas que hojas. El corpiño escotado se entreabre igualmente sobre una pieza blanca adornada con hojas verdes. Una drapería bordada de Alençon y adornada de follaje sigue los contornos de los hombros y viene á rematar en punta en la cintura.

Termino por la descripción de nuestro figurin que representa prendidos de baile.

El primer traje se compone de un vestido de tafetan verde náyade cubierto con dos faldas de granadina del mismo color. La segunda falda va orlada con un rizado de gasa y se entreabre en forma de túnica por los lados; un cordon veneciano de perlas de seda blanca nacarada une las dos aberturas de la túnica y termina en borlas. Cuerpo con drapería de gasa terminado por un rizado y mangas odaliscas que caen hasta media falda. Aderezo de camafeos. Tocado de hojas verdes con collar de perlas blancas enroscado en los cabellos.

El segundo vestido es de tarlatana blanca con dos faldas de tarlatana y otra falda de encaje de Inglaterra. La primera falda está adornada con cuatro afollados de tarlatana en los cuales serpentea una cinta de color de rosa. La segunda falda, dispuesta en túnica, lleva otro afollado; va cubierta con un volante de encaje de Inglaterra y levantado por el lado con un adorno de rosas y hojas verdes que se continúa sobre el cor-

piño. Mangas compuestas de dos afollados y de dos volantes de encaje. Brazaletes de oro y abanico Watteau. Tocado Sevigné con rosas.

El tercer vestido es azul de gasa con cuatro faldas que rematan cada una en un rizado de gasa. Corpiño con berta rizada y orlada de blanca. Tocado Fontanges con corona de cinta azul que sostiene por un lado un adorno de pluma. Guantes blancos.

El cuarto traje es blanco de tarlatana con tres faldas, cada una con un corto volante de tarlatana. Tocado armenio. Aderezo de camafeos egipcios con cabeza negra, rodeados de diamantes. Albornoz egipcio.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

El cofrecillo de san Luis.

Quando en 1793 la libertad naciente quiso borrar hasta los últimos vestigios del pasado, la abadía de Lis fundada cerca de Melun por la reina Blanca de Castilla fué destruida enteramente, y una hoguera inmensa devoró los muebles y ornatos de toda clase que contenia. Una religiosa obtuvo permiso para llevarse algunas reliquias en un cofrecillo cubierto de adornos de cobre. Mas tarde, cuando el restablecimiento del culto, esa piadosa mujer dió á la iglesia de Dammarie-les-Lis las reliquias y el relicario que durante muchos años estuvieron colgados en la iglesia encima de un altar.

Cinco años hace M. Ch. Fichot, despues de haber dibujado las ruinas de la abadía de Lis, visitó la iglesia de Dammarie, y descubrió el cofrecillo cuyo dibujo ofrecemos á nuestros lectores. El cura párroco de Dammarie ignoraba el valor de esta reliquia. Poco tiempo despues M. E. Gresy publicó en el *Monitor* un artículo donde trató de establecer que en ese cofrecillo encerraba san Luis su cilicio y sus disciplinas. Estas reliquias habrían sido dadas á la abadía por Felipe el Hermoso, nieto del rey santo, y en un inventario de 1678 se menciona como existente en el tesoro el cilicio y el cofrecillo de san Luis.

Despues M. E. Ganneron, al publicar la magnífica monografía de ese cofrecillo de donde hemos copiado nuestro dibujo, adoptó las conclusiones de M. Gresy, añadiendo como una prueba en apoyo de la posesion por la abadía del cilicio y de las disciplinas del hijo de la reina Blanca, uno de los milagros consignados en la informacion á que dió lugar su canonización.

Por último, M. Aufavre, en el texto que acompaña á los dibujos que publicó á su vez M. Ch. Fichot, hace observar que la palabra cofrecillo parece estar añadida en el inventario de 1678. Sea como quiera, un documento del siglo XVII no prueba mucho en favor de un objeto como este que pertenece al siglo XIII, y la abadía de Lis podía poseer el cilicio de san Luis, este cilicio podía estar en el cofrecillo donde el rey solía encerrarle, sin que por esto el cofrecillo trasformado en cuadro de reliquias con adornos de papel dorado que fué de la abadía á la iglesia de Dammarie, fuese el mismo que regaló Felipe el Hermoso.

Nada prueba por otra parte que no haya pertenecido á san Luis. Las armas de Francia y de Castilla que dominan todos los blasones que le adornan, demuestran su origen real, si bien nos es difícil explicar la presencia de blasones extranjeros en un mueble del soberano. El cofrecillo ha sido comprado por el emperador á la iglesia de Dammarie por la cantidad de 20,000 francos, y regalado por S. M. al Museo de los Soberanos de Paris.

Este cofrecillo que se encuentra ya hoy en el Museo, tiene 34 centímetros de largo, 18 de ancho y 15 de alto. Está formado de tablas de haya mal reunidas, cubiertas con una piel fina pegada. Sobre esta piel pusieron un barniz, y encima una hoja de estaño ó de plata que recibió la pintura verde que cubre todo el cofrecillo.

La tapa que sobresale por tres lados, se mueve sobre dos goznes que muerden y sostienen unos dragones de cobre cincelado y dorado. Otro dragon con alas esmaltadas y adornado de turquesas, que se extiende sobre la tapa, tiene en su boca el pestillo de la cerradura, oculta bajo un medallón adornado con dos dragones entrelazados de cobre cincelado y dorado.

Cuatro cristales de roca colocados sobre un pedazo de seda encarnada, que les da un reflejo de color, salen de los punzones que protegen los ángulos de la tapa, provista en el centro de un puño en forma de asa, que remata por sus extremidades en cabezas de dragon. Medallones de cobre y blasones esmaltados, simétricamente distribuidos y rodeados de círculos de clavos dorados, adornan la tapa, así como el lado anterior y los dos laterales del cofrecillo. El lado posterior se halla adornado exclusivamente con medallones circulares de esmalte azul. Por último, una banda de metal terminada en cada extremo por un escudo con las armas de Castilla, une cada lado con el lado adyacente.

Hemos dicho que los blasones dominantes por su posición, su tamaño y su número eran los de Francia, de azul, con muchas flores de lis de oro, y luego las de Castilla, campo de gules con castillo de oro y tres torres. Las otras armas, todas esmaltadas, son las de los grandes oficiales de la corona, el condestable, el almirante y los grandes vasallos, entre los cuales se cuenta el rey de Inglaterra por la Normandía. Varios de estos blasones por las alianzas que demuestran, sirven para fijar la fecha del cofrecillo, que no puede ser anterior al año de 1234.

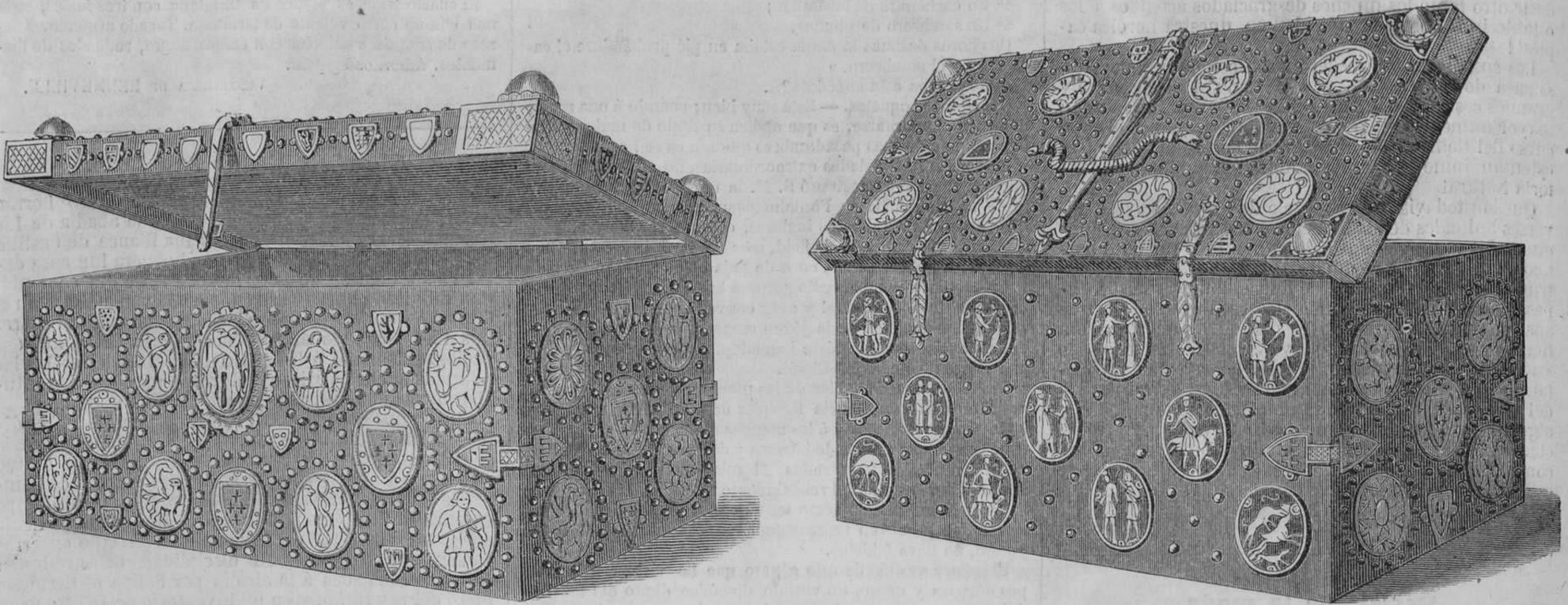
Los medallones de cobre cincelado se nos figura sin embargo que pertenecen por su estilo á una época an-

terior; los asuntos de ellos simbolizan el combate de los vicios y de las virtudes.

Los medallones del lado posterior, de un trabajo bastante tosco, donde las figuras están en reserva y grabadas, se destacan sobre un fondo esmaltado de azul; por el estilo y los trajes se ve que pertenecen á mediados del siglo XIII.

Este cofrecillo no ha venido hasta nosotros sin traer las señales de las vicisitudes que ha sufrido. Pero si el brillo de su color verde se ha apagado un poco, si algunos de sus blasones se han perdido, si el dorado de sus ornatos de metal no ha resistido por todas partes á la acción de cinco siglos, por último, si los esmaltes de los blasones se hallan también algo estropeados, no por

esto es menos precioso ese monumento de las artes en tiempo de san Luis. A su beneficio podemos estudiar algunos procedimientos de fabricación descritos por el monge Teófilo en su enciclopedia *De diversis artibus*, y que haya pertenecido ó no al hijo de Blanca de Castilla, es un objeto del mayor interés en el Museo del Louvre. A. D.



EL COFRECILLO DE SAN LUIS, REGALADO POR FELIPE EL HERMOSO Á LA ABADIA DE LIS, Y COMPRADO POR EL EMPERADOR PARA EL MUSEO DE LOS SOBERANOS EN EL LOUVRE.

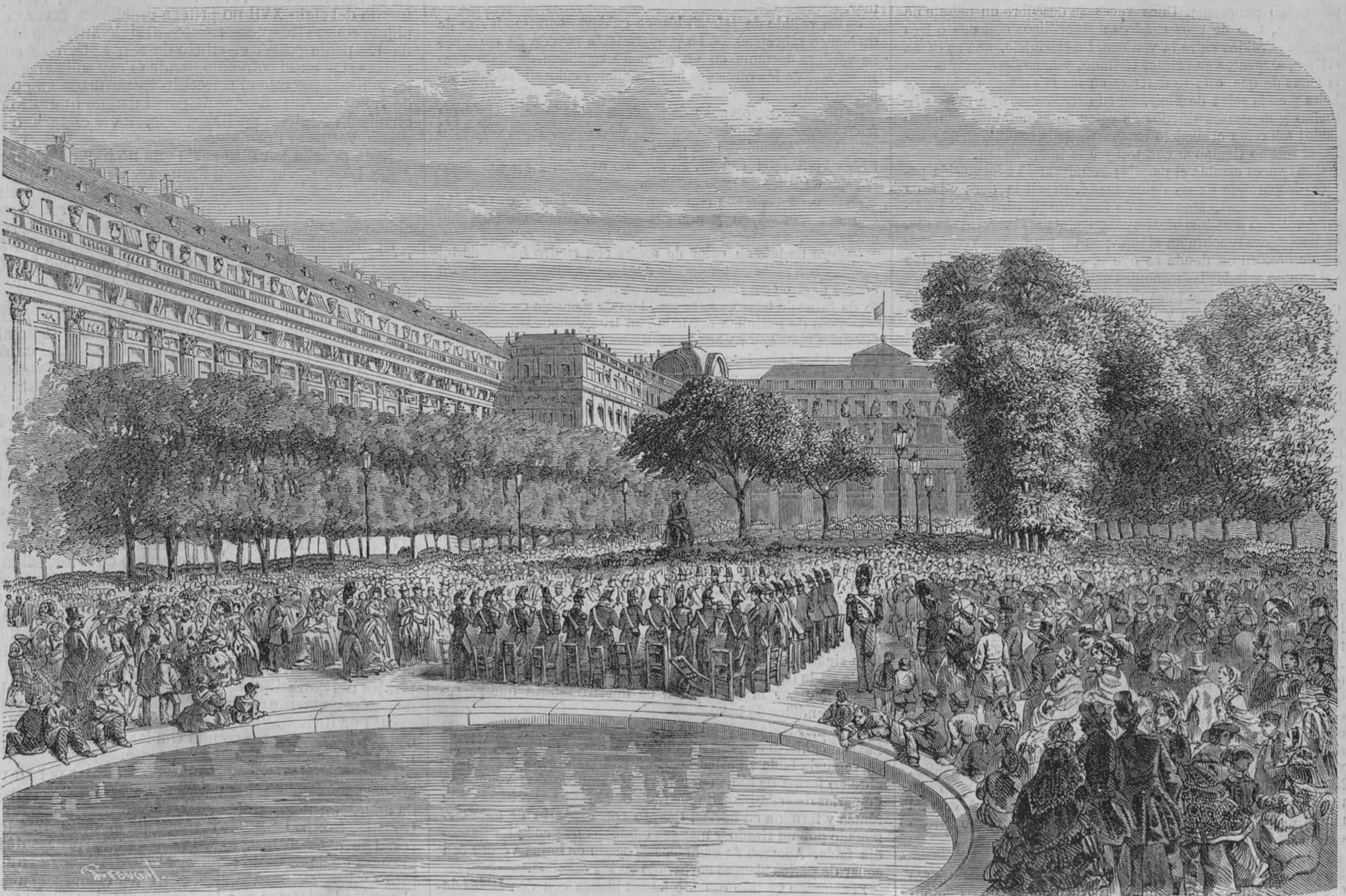
Los conciertos militares

EN EL JARDIN DEL PALACIO-REAL.

Todas las tardes, durante la estación de verano, las bandas de música de la guarnición de París acuden alternativamente al jardín del Palacio-Real, y pasan una hora tocando piezas escogidas. La concurrencia es grande, á pesar de que en otros puntos de la población,

como en Tullerías, en el Luxemburgo y en la plaza Vendôme, otras músicas de la guarnición dan iguales conciertos. Es verdad que el hermoso patio del Palacio-Real, así como las galerías que tiene en derredor, han sido en todos tiempos un paseo favorito de los parisenses. En 1788 se estableció en el centro del jardín un circo que fué devorado por las llamas en 1798, época en que se puso el estanque circular de 20 metros de

diámetro que existe hoy, y se ve figurado en nuestra lámina. El jardín plantado de árboles poco florecientes, lo que sin duda consiste en el aire viciado que los rodea, ocupa un espacio descubierto de 284 metros de largo sobre 100 de ancho. — Se descubren también en perspectiva en nuestro dibujo las famosas galerías del Palacio-Real, vasto bazar que tiene reputación en todo el mundo.



LOS CONCIERTOS MILITARES EN EL JARDIN DEL PALACIO-REAL.